

LA SOMBRA ENLUTADA

ADA CORETTI

«Le dieron tentaciones de levantarse y de ir a despertar a Natalie. Pero no, no lo hizo. La pobre bastante tenía con sus auténticas preocupaciones, para que ella fuera a inquietarla aún más con sus extrañas figuraciones.

Cuando se hubo acompasado su pulso, apagó la luz y volvió a tenderse de nuevo en la cama. Pero siguió con los ojos abiertos, más desvelada cada vez.

En eso, entre las sombras vio surgir de nuevo sus medias, que se habían elevado del suelo, de donde ella no osó tocarlas, y ahora parecían flotar en el aire.

Estuvo a punto de gritar. Pero no lo hizo porque el susto le agarrotó despiadadamente la garganta, impidiendo que ningún sonido pasara por allí».



Ada Coretti

La sombra enlutada

Bolsilibros: Selección Terror - 126

ePub r1.0

xico_weno 31.08.16

Título original: *La sombra enlutada*
Ada Coretti, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La carta estaba escrita en términos bien claros. Si no pagaba por adelantado no podría exponer sus cuadros.

Harry Ritter estrujó el papel entre sus dedos, lanzándolo contra la pared en elocuente gesto de mal humor.

No disponía del dinero preciso. Apenas contaba con unas cuarenta libras, y a menos que se rebajara y pidiera ayuda a sus padres… Pero ¡no!, él había dejado el hogar diciendo que era un artista y que en un año triunfaría, no le haría falta más. Si no lo conseguía, entonces regresaría y seguiría con el negocio de la familia. Así pues, sólo se trataba de una cosa, de lo dicho, de demostrar que era un artista y de que era capaz de triunfar sin la ayuda de nadie.

Miró a su alrededor. La buhardilla era de lo peor de aquel barrio, que a su vez era de lo peor de la pequeña ciudad. Una ciudad del sur de Inglaterra, adonde había a parar por puro azar.

Pero al joven y fuerte Harry Ritter nunca le había penado haber alquilado aquellos escasos metros cuadrados. Allí entraba una luz maravillosa, que le iba de perlas. Esta circunstancia le compensaba, como artista, de todo lo demás.

Su mirada, un tanto desalentada, cambió por entero de expresión al posarse sobre el lienzo que había colocado en el caballete. Allí la tela ofrecía un impresionante desnudo.

El desnudo de una mujer joven, de apenas veinte años, morena de piel, de ojos oscuros, pero muy rubia de cabello. Un cabello largo, que le llegaba hasta media espalda. Lucía un lunar en medio del muslo derecho.

—Triunfaré… —musitó Harry, plenamente convencido de ello —. Triunfaré… Este cuadro es maravilloso…

Sonó el timbre de la puerta, y Harry Ritter supuso que sería su

bella modelo.

Una chica que no daba importancia a quedar sin ropa ante un hombre. Que tampoco se la daba a acostarse con él, si es que el hombre le gustaba. Desde los catorce años, los vaivenes de la vida la traían y la llevaban como a un barquito de papel que nunca encontrara su puerto. Pero ella era alegre, risueña y parecía contenta con su suerte.

Desde que había empezado a posar para Harry Ritter, era su amiguita, Una amiguita que no pedía nada y que posiblemente, con naturalidad, se apartaría de la vida de él así que el lienzo estuviera definitivamente acabado.

Pero al abrir la puerta, Harry Ritter vio que no se trataba de Natalie, que éste era el nombre de su encantadora modelo. Se trataba de la gruesa, de la muy gruesa propietaria de aquel inmueble, de ojos saltones como los de una rana, que iba a cobrarle el alquiler de la buhardilla. Una factura que mermó aún más sus ya escasas posibilidades económicas.

Malhumorado, Harry decidió salir y dar una vuelta por los alrededores de la pequeña ciudad, no exentos, ciertamente, de atractivo.

Era el atardecer. Había algunos nubarrones por el cielo.

Quizá porque su estado de ánimo no era muy bueno, o tal vez, porque el cementerio estaba cerca de aquella zona, lo cierto es que encaminó instintivamente sus pasos hacia aquel lugar y que, antes de darse cuenta, se encontró rodeado de nichos, de tumbas. Incluso había allí un soberbio mausoleo.

Pertenecía a los Bannard. Una familia cuyo caserón, de líneas graves, severas, casi siniestras, se hallaba situado en lo alto de la colina, desde la cual la ciudad parecía de noche sólo un pequeño juego de luces.

De pronto, entre las sombras que empezaban a enseñorearse del ambiente, vio a un hombre relativamente joven, alto, vestido enteramente de negro, que empujaba a una muchacha hacia el mausoleo de los Bannard.

—¡Arrodíllate! ¡Arrodíllate! —le oyó gritar, con el tono descompuesto, colérico—. ¡Y diles a mis muertos que va a ser para ti un gran honor pertenecer a la familia! ¡Diles que serás humilde como una esclava, sumisa como una sierva! ¡Pero arrodíllate ahora

mismo o lo harás del empujón que yo voy a darte!

La muchacha…, ¡pero si era Natalie, por todos los cielos!, obedeció el mandato del hombre y se arrodilló sobre la hierba con gestos torpes y nerviosos. En su rostro se leía el miedo, un miedo horrendo, espantoso, que no podía contener.

—¡Diles que me darás muchos hijos, aunque todos, uno tras otro, hayan de acabar en el manicomio! ¡Dilo!

—Sí, sí… —La voz de Natalie llegó hasta el joven Harry Ritter convertida apenas en un medroso gemido—. Si Dios quiere tendremos muchos hijos…

—Agacha la cabeza —ordenó el hombre alto, vestido de negro de pies a cabeza— y besa la hierba… ¡Y estate así, quieta, durante más de diez minutos!

Pero Natalie no pudo resistir la tensión que la agarrotaba, y desbordados sus nervios se levantó y echó a correr de un modo verdaderamente desaforado.

Pretendía huir lejos, donde aquel hombre no pudiera alcanzarla jamás, pero vio a Harry y corrió hacia él como quien, en medio del averno, se da cuenta de que el paraíso está cerca.

—¡Oh, Harry, ayúdame!

El joven la cobijó entre sus brazos, compadecido de su aspecto. Estaba tan lívida, tan trastornada, que era como si fuera a desvanecerse de un momento a otro.

—Protégeme de ese hombre… No dejes que se acerque a mí… —sollozó—. No podría soportarlo…

—No te preocupes —dijo él—. A mi lado estás a salvo, nada has de temer… Pero ¿quién es ese hombre?

—Se llama Jack. Jack Bannard —seguía sollozando—. Está loco. Rematadamente loco.

—Eso me ha parecido.

—Le dan arrebatos —repuso ella—. A veces nadie diría que está mal…

No siguieron hablando, porque el aludido, centelleante de cólera sus ojos, había abandonado el mausoleo y se había dirigido rectamente hacia ellos.

Visto de cerca parecía aún más alto, y sus ropas daban la sensación de ser aún más negras.

—Tengo algo que comunicarle, que por lo visto usted ignora —

fueron éstas las primeras palabras de Jack Bannard, y su voz, al hablar, parecía ir dando hachazos—. Natalie y yo vamos a casarnos. Ya hemos fijado la fecha de la boda.

—No, no es cierto… —negó la muchacha agitando la cabeza de un lado para el otro—. ¡Te aseguro que no es cierto, Harry!

—Es verdad —afirmó el hombre—. Lo sabes tan bien como yo, Natalie. ¿Por qué mientes?

—De todos modos —repuso Harry, con el acento firme y decidido— no creo que por el mero hecho de ser su prometida, tenga derecho a…

—¿A qué…? —barbotó—. ¿A venerar a mi familia muerta? ¿Es a eso a lo que no tengo derecho? ¡Porque no estábamos haciendo otra cosa que eso, venerar a mis queridos muertos, entérese usted!

—Pero lo hacían de un modo tan extraño… —se atrevió a decir —. Dese cuenta, ha asustado a la chica.

—Ya se le ha pasado. —Jack Bannard intentaba controlar su cólera—. ¿Verdad que sí, Natalie? Anda, deja tranquilo al joven y ven nuevamente conmigo.

—No… —Gimió la muchacha—, no se me ha pasado. Me quedo contigo, Harry. Por nada del mundo volvería a ese mausoleo.

—No volveremos… por hoy —especificó Jack—. Tranquilízate… Pon un poco de tu parte.

—Por favor, Harry, no me sueltes…

Aquello iba a acabar mal. O por lo menos tenía todas las trazas de no acabar nada bien.

Sin embargo, de pronto, un hecho imprevisto vino a suavizar por entero la situación. Y este hecho fue una voz de mujer, suave, dulce, persuasiva, que sonó a escasos metros del lugar donde ellos se encontraban.

—Ven conmigo a casa, Jack. Dale tiempo a Natalie a pensárselo mejor.

Miraron todos hacia esa mujer, cuya figura se perfiló entre las sombras. Una figura envuelta en ropas negras. Por lo que destacaba casi angustiosamente su rostro blanco, lívido, como si no existiera en sus venas una sola gota de sangre.

—Sí, sí… —masculló Jack—, es lo que voy a hacer, dejarla que reflexione. Seguro que cambia de idea.

—Claro que sí, Jack —volvió a dejarse oír aquella suave, dulce y

persuasiva voz—, pero has de darle tiempo, ¿comprendes? Anda, regresemos juntos.

—Sí, sí… —Y obediente como un niño pequeño, a pesar de que tendría ya unos treinta años, se fue tras aquella mujer.

Natalie dio un profundo suspiro de alivio cuando les vio alejarse por entre las tumbas, por entre los nichos. Sólo entonces osó salir de entre los brazos que la habían protegido.

—¿Quién es ella…? —Preguntó Harry—. ¿Lo sabes? Yo no la conozco, no la he visto nunca.

—Es su madrastra —contestó Natalie—. Parece una buena mujer, ¿no crees?

—No sé qué creer, apenas he reparado en ella. Eso debes saberlo tú, que por lo que parece habías pensado en casarte con ese hombre.

—Ya no, Harry. ¡Ha sido horrible como me ha tratado hoy! ¡Ha sido como para desquiciar!

—¿Te ha tratado peor que otros días? —preguntó—. Pero, bueno, yo no sabía siquiera que os conocierais… Lo mejor es que vengas a mi buhardilla y que allí, con calma, me lo expliques todo, ¿te parece?

—Sí, Harry —aceptó rápidamente la proposición añadiendo—: ¿Sabes?, sólo allí no tendré miedo a que me mate…

* * *

Se habían conocido una mañana cuando ella salía de un supermercado. Él se mostró galante y se ofreció a llevarla en su coche, que era un «Morris». Antes de que transcurrieran cinco minutos, Jack ya le había dicho que estaba enamorado de ella.

Al día siguiente fue a buscarla y pasearon juntos. En esta ocasión llegaron hasta lo alto de la colina, donde se alzaba la mole severa, adusta y casi siniestra de aquel caserón.

—Éste es mi hogar —le dijo— y será el tuyo cuando te cases conmigo —y sin más paliativos—. Nos casaremos el día uno del próximo mes, que será diciembre. Faltan once días, ¿no? No es mucho, pero tienes tiempo sobrado para hacerte el traje de novia.

Natalie protestó, aunque débilmente. Si apenas se conocían, si no sabía qué clase de vida había llevado, si, en conclusión, no sabía absolutamente nada de ella.

—No me importa la vida que hayas llevado —le respondió él— ni necesito saber nada más de ti —y remachó—: Lo dicho, nos casaremos. Está concertado, el día uno de diciembre.

Luego, ya de regreso, añadió algo más. Pero sin darle importancia a lo que decía.

—Debes saber algo… Desde el momento que seas mi esposa y hasta el último instante de tu vida, vestirás de luto. Vestirás rigurosamente de negro. Así vestimos todos los Bannard.

Esta aclaración fue lo primero que asustó a Natalie, aunque luego habían de llegar un sinfín de circunstancias capaces de dejar petrificada a la más valiente.

Entonces decidió romper con aquel hombre. No veía otro medio de recobrar su tranquilidad. Pero Jack Bannard no tomó en consideración lo que ella empezaba a decirle, e hizo constar, con esa voz que parecía que iba dando hachazos:

—Si te negaras a casarte conmigo, te mataría… Te mataría, Natalie —repitió— y arrojaría tu cadáver a los buitres… Tengo muchos, muchos, vale más que lo sepas…

Aterrorizada, Natalie no se atrevió a negarle una nueva entrevista, que había sido la de aquel día, la de aquella noche. El paseo acabó en el cementerio, ante el mausoleo de los Bannard.

* * *

—Está desquiciado —resumió Natalie, cuyo cuerpo aún temblaba—. No puedo creer otra cosa.

—Francamente —convino Harry—, opino otro tanto. Todo resulta tan anormal…

—Ya tengo pensado lo que voy a hacer —dijo la muchacha—. Mañana cogeré el primer tren que salga hacia Londres y me iré a vivir una temporada con mi tía Elisabeth. Te he hablado muchas veces de ella, ¿verdad? Vive en las afueras, en una pequeña casa de una sola planta… Tienes el lienzo ya terminado, ¿verdad, Harry? No te ocasiono ningún trastorno…

—Claro que no, Natalie. Además, lo primero que tienes que hacer es pensar en ti misma.

—Me hubiera gustado —repuso ella, sonriendo un poco— poder pensar en ti. Lo hemos pasado bien juntos… Pero no hay otra alternativa, si me quedara en esta ciudad me moriría de miedo.

—Debes irte. Es una buena medida.

—Sí, sí.

En aquel momento alguien llamó a la puerta con los nudillos de la mano, y Natalie enmudeció, dirigiendo a Harry Ritter una mirada de sobresalto.

—Tranquila, tranquila… —dijo él. Y luego en voz alta—: ¡Adelante!

Se entreabrió la puerta. Se trataba de la madrastra de Jack Bannard, con sus vestimentas negras como una mortaja y su rostro blanco, lívido, como si no existiera en sus venas una sola gota de sangre. También con su voz suave, dulce, persuasiva:

—¿Puedo pasar?

Harry se había levantado de su asiento.

—No faltaría más, señora. Pase usted.

Natalie se había estremecido. No sabía ciertamente qué pensar de aquella visita, que para ella lo tenía todo de insólita.

No tanto para Harry, a juzgar por la naturalidad con que seguía desenvolviéndose.

—Si puedo servirle en algo, señora. Usted dirá…

—Le agradezco sus buenos modales —repuso suavemente la dama—. Con franqueza, temía que no me recibiera bien.

—¡Por Dios, señora, claro que sí!

—Tengo cuarenta y tres años —empezó diciendo—, aunque sé bien que aparento muchos más. Soy la madrastra de Jack, Mike y Margaret Bannard. Me casé con su padre hará unos nueve años y me quedé viuda poco después. Desde entonces intento ser buena con los tres… Es mi obligación tratarles como si fueran mis propios hijos, ¿no es usted de mi mismo parecer?

—Desde luego —afirmó Harry.

—Pero mi cometido no es sencillo, por el contrario, es arduo y espinoso, hasta tal extremo que, a veces, me veo incapaz de seguir adelante. Pero juré a mi marido en su lecho de muerte que haría por ellos todo lo humanamente posible, y quiero cumplir mi palabra. Por eso ahora me encuentro aquí, en esta buhardilla.

—Estoy escuchándola con toda atención, señora.

—Jack se ha enamorado de esa muchacha… —Giró la cabeza y miró a Natalie, la cual se había puesto a temblar nuevamente— y no voy a decirle que está loco por ella, porque en el caso particular

de Jack, sería un sarcasmo, sería una nota de muy poco gusto. Con esto quiero significar, que Jack, evidentemente, está loco de verdad…

Natalie había respingado. Harry Ritter no alteró apenas la expresión de su rostro, demostrando ser un hombre que sabía contener sus emociones.

—O por lo menos… —aclaró la dama— lo ha estado durante varios años, período que ha permanecido recluido en una clínica psiquiátrica. Ahora se dice así, antes se decía lisa y llanamente manicomio.

Se detuvo unos instantes, necesitando suspirar hondamente, muy hondamente. Entretanto, nadie dijo nada, por lo que fue ella quien continuó hablando:

—Apenas hace cinco meses que ha sido dado de alta, calificado de no peligroso, de puramente inofensivo… A este respecto yo no estoy enteramente de acuerdo con el diagnóstico de los doctores y éste es el punto que vengo a exponer a usted, Natalie… A veces es como un niño bueno —convino—, obedece y no hace enfadar… Pero en otras ocasiones, sin que yo ni nadie pueda hacer nada por evitarlo…

—Siga, señora —dijo Harry—. Nuestra máxima atención está centrada en todas y cada una de sus palabras.

—Pero en otras ocasiones —puntualizó— se encoleriza y entonces asusta… Entonces parece capaz de todo lo malo, incluso de lo peor, por horrible que esto pueda ser. ¿Me comprenden ustedes?

—Sí, sí —dijo Natalie, despegando los labios por primera vez—. Quiere decir que es capaz de matar, ¿no es eso?

—Exactamente —corroboró la dama, si bien con un gesto sumamente amargo—. Aunque no siempre la culpa es suya… Me refiero a cuando se encoleriza y nos asusta… Por lo regular son sus hermanos menores, Mike y Margaret, los causantes de que se porte mal… Le irritan, se le burlan…

—Ahora sí que no la entiendo —repuso Harry—. ¿Cómo es posible que sus hermanos, sabiendo su estado, no ignorando que ha estado recluido en una clínica psiquiátrica, no se abstengan…?

—La razón es sencilla —esta vez, la voz suave, dulce, le había interrumpido—: Porque Mike y Margaret también tienen la mente

trastornada.

Fue Harry quien en esta ocasión respingó, aunque de forma poco acusada. Natalie por su parte, hubiera querido estar a más de cien millas de aquella ciudad.

—Tal como lo oyen —dijo la dama—. Mike ha estado seis años internado y Margaret tres… Ahora están pasando una buena temporada, de ahí que los doctores, mientras su conducta no demuestre lo contrario, permitan que se hallen libres, conmigo. Un panorama realmente desolador, es esto lo que está usted pensando, señor Ritter, ¿no es cierto? Sí, sé que es éste su nombre. Me he informado al respecto.

—Mal panorama, en efecto, señora. Debe necesitar usted mucha fortaleza de ánimo para soportarlo todo. Pero dígame usted, para que nuestro entendimiento sea completo, ¿cuál es exactamente la pretensión que la ha traído hasta aquí…? Sí he de serle sincero, aún no acierto a matizar por entero su intención.

—Deseo que Natalie le acepte, que se casen y que sean felices hasta donde sea posible —volvió a suspirar hondamente—, pero quiero que la determinación que adopte se ciña a la realidad, es decir, que lo haga de un modo consciente. Lo contrario sería un error que se volvería contra el propio Jack.

—Ahora la comprendo…

Pero cuando la señora Bannard se enteró de cuáles eran las intenciones de la muchacha respecto a su hijastro Jack, entonces demostró alegrarse de que aquélla hubiera sido la decisión adoptada por la muchacha. Lo demostró bien claramente.

—Bien mirado —confesó—, creo que es lo mejor. Lo mejor para el bien de los dos.

—Soy del mismo parecer —dijo Harry—. Dadas las terribles circunstancias que concurren…

—¡Pero, por Dios! —Exclamó la dama, uniendo las manos en petición de súplica—. ¡Que Jack no se entere nunca de que he estado aquí, hablando con ustedes!

—No hemos de decirle nada —repuso el joven— ni Natalie ni yo. Puede quedar completamente tranquila.

—Gracias… Muchas gracias… —Y de pronto, ahora mirándole exclusivamente a él—. ¿Sabe una cosa? Todo en usted inspira confianza, y da sensación de fuerza, de seguridad. Si algún día me

veo en algún apuro serio, vendré a pedirle ayuda.

Harry Ritter se quedó desconcertado ante tales palabras. Lo que no le impidió responder:

—Quedo a su entera disposición, señora.

CAPÍTULO II

Desde hacía unos días, Natalie disponía de un par de habitaciones en el entresuelo primero, de aquella misma casa. Se las había cedido la propia dueña del inmueble, pues era ella quien vivía allí. Se trataba de una mujer que no perdía ocasión de aumentar sus ingresos, ya de por sí bastante elevados.

Por lo que Natalie, al salir de la buhardilla de Harry Ritter, lo iba a tener fácil. Con bajar la escalera…

Pero estaba en el primer piso, cuando oyó un llanto quedo, contenido, e instintivamente se detuvo en aquel rellano. La correspondiente puerta estaba entreabierta, y miró.

Allí dentro estaba la gruesa propietaria de la casa, con sus ojos saltones como los de una rana. Ponía cara de pocos amigos. La oyó decir secamente:

—Lo lamento, pero he decidido despedirla. Me resulta imposible tener más paciencia, así que, haga las maletas y lárguese ahora mismo, señorita Dee. No me lo haga repetir.

La aludida acrecentó su llanto.

—Por favor, concédame cuarenta y ocho horas. Le aseguro que le pagaré hasta el último penique.

—Ya se lo he dicho, no puedo tener más paciencia. No, no le concedo más prórrogas. Quiero que esta misma noche quede el piso libre.

Natalie se sintió compadecida da aquella muchacha rubia, jovencita, con cara de ángel, que veía a través de la puerta.

Tras unos instantes de vacilación, dio unos pasos adelante.

—Señora Arnold —ya estaba dentro—, debiera ser más humana. Es de noche y éstas no son horas de despedir a nadie. Espere a mañana.

La propietaria de la casa se volvió, en redondo, hacia ella.

—¿Quién la mete en esto, Natalie?

—Déjela tranquila hasta mañana —insistió—. Con la luz del día será todo diferente.

—¿Cuántas veces tendré que repetir que mi paciencia ya no da más de sí? —se indignó—. ¡Y no esperen que cambie de idea!

—Bien, bien, ya me voy —se resignó la chica rubia, y tras decir esto alzó sus bonitos ojos azules y miró a Natalie—. Le agradezco la buena voluntad que ha tenido hacia mí…

—Oiga, señora Arnold —dijo Natalie, de pronto—, le tengo pagado todo el mes esas dos habitaciones, ¿no es eso?

—Sí —asintió—. Pero, bueno, ¿esto a qué viene?

—Viene a que yo mañana me voy de la ciudad. No creo que vuelva. Le cedo la habitación a la señorita Dee.

—¡Por mí, si es verdad que usted se va! —exclamó—. Pero a las dos a la vez no las quiero, ¿eh?

—Sólo por esta noche. Mañana mismo voy a irme, ya se lo he dicho.

—Siendo así… —Se encogió de hombros—. Pero sólo hasta final de mes. Después, o me paga por adelantado o volveremos a lo mismo.

—De acuerdo. No se hable más —cerró el trato Natalie.

Mientras la señora Arnold se retiraba, la chica rubia fue hacia Natalie y la abrazó:

—¡Oh, qué buena has sido conmigo! —Sus ojos azules expresaban un infinito reconocimiento. ¡Qué agradecida te quedo!

—Mujer, no hay para tanto. He podido hacerte un favor y me ha gustado hacértelo, esto es todo. ¡Anda!, recoge tus cosas, si quieres yo te ayudo.

—No, no es preciso que te molestes, apenas tengo cuatro trastos. En seguida estoy —se detuvo un momento en su ir y venir. Y añadió —: Me llamo Donna.

Poco después, estaban en aquellas dos habitaciones del entresuelo primera. Dos habitaciones bastante amplias, limpias y decorosamente amuebladas.

Sólo entonces se dio cuenta Donna de que una extraña inquietud, un temor incontrolado, agitaba a su nueva amiga.

—Me parece que a ti te sucede algo malo.

—Sí… —reconoció Natalie—. No serviría de nada que te lo

ocultase. Pero mañana me alejaré de aquí y la pesadilla quedará atrás…

Se había interrumpido, pensando que quizá se desahogaría si se lo explicaba todo a la chica rubia.

—Es verdaderamente horrible… —comentó Donna al término de aquel relato—. Haces bien en marcharte, por descontado que sí. Sólo así podrás recobrar la tranquilidad. Pero, claro, tal vez te sepa mal alejarte por el pintor de la buhardilla, has dicho que se llama Harry, ¿verdad? No sé, pero me lo imagino joven y guapo. ¿Es tu novio?

—Novio, lo que se dice novio… —carraspeó, mientras pensaba que la chica rubia no era muy espabilada—. Más o menos…

—Aún no se te ha declarado, estás esperando que lo haga. Es esto lo que quieres decirme…

—¡No! —Exclamó Natalie—. ¡No es esto lo que quiero decirte! Oye, pareces tonta o lo eres. Si yo he posado para él, y si he posado desnuda, y si él es joven y guapo como tú dices, lo normal es suponer que entre los dos haya sucedido algo, ¿no?

—¿Algo? —Y tragó saliva, comprendiendo ya.

—Sí, algo… Supongo que ya sabes a lo que me refiero. No debiste salir ayer de un colegio de monjas.

—No, claro que no.

Hablaron de cenar, pero ninguna tenía ganas de nada. Se limitaron a tomar un poco de leche.

—Ya es tarde. Será mejor que nos acostemos… —Natalie destapó su cama—. Mira, te la cedo a ti, yo me iré al sofá que hay en el otro aposento.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —Protestó Donna—. ¡No faltaría más, que después de todo lo que has hecho por mí, aún te dejara sin la cama! Gracias de todos modos.

—Insisto, Donna, mi cama es para ti. Eres mi invitada, así que no puedes negarte —y agregó—: Yo me dormiré en seguida, no te preocupes. Voy a tomarme una buena carga de somnífero, tres pastillas como mínimo. De lo contrario no pegaría un ojo…

Finalmente, Donna tuvo que aceptar aquella cama. La única disponible, la única que había.

—Bueno, si tanto te empeñas…

Se había quitado ya las medias de fino nylon, y las había puesto

sobre el respaldo de la silla, cuando Donna oyó la voz de Natalie desde el aposento contiguo.

—Oye, Donna…

—Dime —y la muchacha se estaba metiendo ya en la cama.

—Si algún día conoces al pintor y te gusta, adelante… Vale la pena, créeme… Te lo digo yo que le he tratado… —Y concluyó—: En fin, que la cosa no quede por mí, porque yo no volveré ya nunca por aquí.

Donna no supo qué responder. Notó que se sonrojaba.

* * *

Donna Dee permaneció despierta mucho más rato del que hubiera deseado. No tenía sueño.

Pensó que debía haber pedido a Natalie una pastilla de somnífero. De haberlo hecho así, dormiría como ella. Porque Natalie dormía, estaba segura, no le oía hacer el menor movimiento.

Donna estuvo con los ojos abiertos, en medio de la semioscuridad de la habitación, rememorando el pasado. El pasado de una muchacha educada como una señorita, pero que, de la noche a la mañana, se había encontrado pobre y sola.

De pronto, Donna se agitó en la cama, le había parecido percibir un ruido. Como si alguien hubiera entreabierto sigilosamente, muy sigilosamente, una puerta.

Pero se dijo que debía haber oído mal, que la única persona que estaba allí era su amiga, Natalie, y que ella seguía durmiendo en el aposento contiguo.

Sin embargo, instantes después había de agitarse de nuevo al darse cuenta de que sus medias ya no estaban sobre el respaldo de la silla, que era el lugar donde ella con anterioridad las había dejado. No, ya no estaban allí.

Se incorporó en la cama, un poco sudorosa, y encendió la luz de la mesita de noche.

Vio las medias en el suelo, pero a varios metros de la silla. ¿Cómo era posible?

Miró a su alrededor. No había nadie. Nadie absolutamente. ¿Quién iba a haber…? Allí sólo estaba el armario, un pequeño tocador, la silla y su cama.

Le dieron tentaciones de levantarse y de ir a despertar a Natalie. Pero no, no lo hizo. La pobre bastante tenía con sus auténticas preocupaciones, para que ella fuera a inquietarla aún más con sus extrañas figuraciones.

Cuando se hubo acompasado su pulso, apagó la luz y volvió a tenderse de nuevo en la cama. Pero siguió con los ojos abiertos, más desvelada cada vez.

En eso, entre las sombras vio surgir de nuevo sus medias, que se habían elevado del suelo, de donde ella no osó tocarlas, y ahora parecían flotar en el aire.

Estuvo a punto de gritar. Pero no lo hizo porque el susto le agarrotó despiadadamente la garganta, impidiendo que ningún sonido pasara por allí.

Agudizó la visión y vio que unas manos negras, enguantadas, eran las que sujetaban una de sus medias de nylon. Sólo una, la otra había vuelto a caer al suelo. Tras esas manos, una silueta también negra. Toda negra. Incluso el rostro era negro, porque lo llevaba cubierto con un pañuelo, en el que sólo surgían dos agujeros, los de los ojos.

Se puso a temblar, sin acertar a hacer nada más efectivo. El temblor le creció tanto, tanto, que al poco se había convertido en espasmos que sacudían la cama.

Reaccionó cuando sintió que aquellas manos enguantadas iban hacia ella, hacia su cuello. Bueno, hacia su cuello iba la media de nylon, con la elocuentísima intención de envolverse, de enroscarse alrededor de su yugular.

Pero, aunque ahora reaccionó, rebelándose, resistiéndose, el miedo y el espanto la privaban de la agilidad, de la fuerza habitual en ella, y antes de darse cuenta se vio con la media al cuello.

Y luego, al acto, la terrible presión que empezó a sofocarla, a ahogarla.

Entonces gritó, consiguiendo que su voz saliera a flote. Con las manos cogidas a la media que rodeaba su cuello, intentaba aflojar su endemoniada presión.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Oyó que sus voces despertaban a Natalie y que ésta se levantaba. Pero cuando la vio aparecer tan dormida, tan tambaleante, comprendió que no iba a poder evitar nada.

La presión se agudizaba más y más, haciéndole mover las piernas en un pataleo ridículo, e inútil, y el final llegaría pocos instantes después.

Pero cuando ya todo lo veía irremisiblemente perdido, le dio por decir en medio de un gemido, ya que ni voz le quedaba ya:

—Ayúdame, Natalie…

En aquel preciso instante se inmovilizaron aquellas manos, cediendo la funesta presión. Los dos agujeros de aquel pañuelo negro se giraron hacia la muchacha dormida, somnolienta, que había salido tambaleante del aposento contiguo.

Por un momento, la sombra negra dio un par de pasos hacia Natalie. Había dejado la media alrededor del cuello de Donna, aflojada ya por entero su presión.

Sin embargo, debió pensárselo mejor. Era un poco tarde para ahora atacar por segunda vez, cambiando de víctima.

Optó por huir.

Lo hizo a una velocidad de mil diablos.

* * *

Unos minutos antes, la señora Arnold se había acostado. No lo había hecho hasta aquel momento porque había estado cosiendo su corsé de ballenas, que durante el día había notado que le había explotado por varias partes.

Hecha un verdadero saco de carne suelta, fofa, se echó en la cama, haciendo crujir el somier. Y fue precisamente entonces cuando oyó un leve ruido.

Tenía el oído fino, así que no le cupo la menor duda. Alguien estaba entrando en las habitaciones de Natalie y de la otra joven vecina.

—Habrán dado la llave de la puerta del piso a algún hombre… —rezongó—. Sucias… Marranas… Puercas…

Se levantó con toda la presteza que pudo, colocándose una bata floreada, ciñéndose de cualquier modo el correspondiente cinturón. Luego salió al pasillo, encendiendo la solitaria luz que pendía del techo, y yendo directamente hacia donde consideraba precisa su presencia para ajustar las cuentas a aquellas dos desvergonzadas.

Pero oyó que Natalie, o la joven vecina, una de las dos, pedía socorro y entonces se quedó inmovilizada junto a la misma puerta,

comprendiendo que no se trataba de lo que ella había supuesto.

Cuando ante ella apareció un ser alucinante, vestido rigurosamente de negro, con un pañuelo ocultando por entero su fisonomía, creyó morirse del susto.

Hubiera querido retroceder y cederle el paso, pero los músculos no le respondieron y se quedó allí, parada, clavados los pies en el suelo, como queriendo hacerle frente.

Por su parte, la sombra enlutada no estaba para perder minutos. Su huida había de ser rápida o de lo contrario corría el riesgo de ser detenido por alguien.

Dio un empujón a la voluminosa mujer. Consiguió apartarla de su camino, ya que ante el fuerte impulso cayó y rodó por el suelo como una verdadera pelota.

Dentro de lo malo, todo hubiera acabado sin tener más trascendencia, a no ser que, en aquellos instantes, el nudo del pañuelo negro se deshiciera, deslizándose hacia abajo. Por lo que quedó enteramente al descubierto el rostro de aquel hombre.

La gruesa mujer, que abría más que nunca sus ojos saltones como los de una rana, había oído hablar de media ciudad, y conocía a la otra media. Murmuró:

—Jack Bannard…

Fue un error pronunciar su nombre. Ahora el hombre sabía de sobra que había sido reconocido.

Hecho una verdadera furia, saltó sobre el cuerpo de la gruesa mujer, arrebatándole de un tirón el cinturón de su floreada bata. Cinturón que enroscó a su cuello, bajo sus incontables papadas. Empezó a apretar con todas sus endemoniadas fuerzas. Todo esto en el breve espacio de unos brevísimos segundos.

—No, no… —gimió la mujer. Pero como de tonta no tenía nada, dijo lo mejor que podía decir para intentar salvarse—. No me mates, Jack… No me mates, tu padre me quiso, me quiso mucho… Cuando yo era joven y guapa, porque antes lo era…

Consiguió lo que pretendía. Las manos cedieron poco a poco la mortífera presión.

—No lo sabía… No lo sabía… —dijo Jack Bannard, con gesto súbitamente abrumado, avergonzado. Y añadió—: Si te dejo con vida, ¿no me delatarás?

—No, claro que no —sabía que de esta respuesta dependía su

vida.

—Si me delatas a la policía o a quien sea —le advirtió—, volveré y entonces sí te mataré… Sin la menor compasión…

—No, no te delataré a nadie. Te lo juro.

Y Jack Bannard huyó. Esta vez ya definitivamente.

CAPÍTULO III

No hubo manera de que el inspector Merrill adelantara en sus investigaciones.

Donna Dee no tenía ni idea de quién había podido intentar contra su vida. Natalie, por su lado, dijo que ella iba a irse a Londres y que no quería líos de ninguna clase. Por lo que respecta a la señora Arnold, se negó sistemáticamente a hablar, tras decir que en eso le iba la piel y que ella a su piel la quería mucho.

Sólo pudo decir algo en concreto, o por lo menos que pudiera llevar a alguna parte, el joven pintor de la buhardilla, pero Natalie le rogó que callara, le suplicó encarecidamente que no le buscara complicaciones. Por el amor de Dios se lo pedía.

—Pero venía por ti, ¿no te das cuenta? —Inquirió Harry—. Iba a matar a Donna, porque estaba acostada en tu cama y creía que eras tú… Cuando tú apareciste y te vio, entonces soltó a Donna… Está bien claro, ¡era Jack Bannard!

—Sí, sí, lo sé —admitió Natalie—. Pero si yo voy a irme para siempre de aquí, ¿a qué buscar ahora, en última instancia, que ese hombre, que está loco, pueda enfurecerse, enloquecerse aún más…? Seguro que me la cargaría yo, ¿no te haces cargo?

—Sí, me hago cargo.

—Además, finalmente no ha pasado nada. No ha habido ninguna muerte, ni ha sucedido nada irreparable.

—En esto tienes razón.

—Además, que a ciencia cierta no sabemos que haya sido Jack Bannard. Por lo menos no tenemos pruebas de ello. Así que, Harry, sólo te pido una cosa, que me acompañes hasta la estación y que no me dejes sola hasta que el tren se haya alejado de esta maldita ciudad.

—De acuerdo, Natalie.

Harry Ritter y Donna Dee la acompañaron hasta la estación. Al poco partía el tren mientras Natalie agitaba una mano aún temblorosa a través de la ventanilla.

Ya perdido a lo lejos el último vagón, Harry se fijó en la muchacha rubia, en realidad como si la estuviera viendo por primera vez, y le preguntó:

—Pero bueno, ¿de qué erais amigas tú y Natalie…? No lo comprendo… No os parecéis en nada, ni pizca…

Donna le refirió las circunstancias que habían contribuido a su inicial amistad.

—Una amistad —le dijo Harry— que un poco más y te cuesta la vida. En fin, a pesar de todo has tenido suerte.

—Sí, eso creo.

Aún no habían salido de la estación, cuando volvió a hablar Harry Ritter.

—Oye, por lo que acabas de contarme estás sin trabajo. ¡Pues mira por dónde yo estoy sin modelo! Dime, ¿te gustaría posar para mí? Así ambos, a la vez, solucionaríamos nuestro problema.

—No, no… —Denegó Donna con precipitación—. Es otra cosa lo que busco.

—Otra cosa, ¿en qué sentido…? —Y adivinando el motivo de su sonrojo—. Para que lo sepas, a mis modelos les exijo según sean ellas, yo sé diferenciar… Por ejemplo, a ti que tienes cara de buena chica, te pediría solamente…, bueno, ya nos pondremos de acuerdo, ¿te parece?

—No sé decirle…

—A propósito —la interrumpió con una sonrisa—, yo te estoy tuteando desde el primer momento. A ti te toca hacer otro tanto.

—Bueno —sonrió ella también.

Al día siguiente empezaría Harry Ritter a pintar a la muchacha. Sin más demora.

—Quieta… Has de estarte quieta… —Le tuvo que decir en repetidas ocasiones.

No le había dicho de quitarse ninguna prenda. Por el contrario, le había hecho ponerse un chal de colores sobre los hombros.

—Por favor, estate quieta…

Pero a Donna se le iba la mirada y el gesto del cuello, hacia el lienzo de Natalie, hacia aquel desnudo. ¡Qué hermosas y perfectas

eran las formas de aquel cuerpo! ¡Qué sugestivo resultaba aquel lunar en medio del muslo derecho! Ella también tenía una bonita silueta, pero no llegaba a tanto, debía reconocerlo. Empezó a darse cuenta de que poco a poco se iba sintiendo celosa.

Hasta aquí, todo parecía volver a la normalidad. Como si nada, fuera de lo corriente, hubiera sucedido hasta entonces.

Pero era una sensación engañosa, falsa, y pronto había de quedar demostrado.

Harry Ritter se dispuso a descolgar el teléfono, que se había puesto a sonar impacientemente.

—Un momento, Donna.

Descolgó el auricular, tras haberse limpiado las manos en un trapo que tenía preparado para tal finalidad.

—Dígame.

—¿El señor Ritter? —le preguntó una voz. Una voz de hombre —. ¿Es usted el pintor?

—Sí, dígame.

—Le llamo desde el caserón de los Bannard. Soy el mayordomo. Obedezco órdenes de la señora Pebbers. ¿Podría usted pasar por aquí, para tratar de llegar a un acuerdo? La señora Pebbers desearía que la pintara usted.

—¿La señora Pebbers…? —Inquirió Harry—. No tengo el gusto de conocerla.

—Ella le conoce a usted.

—Si usted lo dice…

—Bien, ¿qué le respondo a la señora Pebbers?

—Dígale que tendré un sumo placer en ir por allí.

—¿Cuándo…? —Le apremió la voz—. ¿Podría ser esta misma noche, a eso de las nueve?

—Sí, desde luego.

—Pues de acuerdo —y colgaron.

A su vez lo hizo Harry, si bien con un gesto de incomprensión en su rostro. No había terminado de convencerle aquella llamada. Ni poco ni mucho, ésta es la verdad.

—¿Vas a ir…? —Se inquietó Donna.

—Claro —contestó él.

—Pero es la casa de Jack Bannard, pareces haberlo olvidado. Y fue él, según tú, quien me intentó estrangular, y quien de poco mata

a la señora Arnold.

—A pesar de eso voy a ir —su acento no pudo ser más firme y decidido—. Por dos razones.

—¿Puedo saber cuáles son?

—Claro que sí… —Y sonrió—. Porque necesito dinero, la primera y más importante. No puedo darme el lujo de desatender ese trabajo, que me puede proporcionar unas buenas libras. La segunda razón…

Pero se interrumpió.

—¿Cuál es…? —preguntó Donna.

—Que el asunto de ese tal Jack Bannard me tiene sobre ascuas… No hago más que darle vueltas a lo sucedido… En realidad, no puedo estar seguro de que él, el propio Jack Bannard, fuera quien hiciera aquello, y, sin duda, es esta incertidumbre la que me hace no olvidar…

—Pero ¿no ha pasado ya todo? Olvídalo.

—Lo he intentado. No puedo. Y ahora que se me presenta la ocasión de adentrarme en aquella casa, por descontado no voy a desaprovecharla. Claro que no.

—Pero puede ser una encerrona, ¿no se te ha ocurrido pensarlo? Jack Bannard te conoce, te vio en el cementerio… Al ver que Natalie no aparece por ninguna parte, puede creer que el culpable eres tú y girar hacia ti toda su cólera.

—Se me ha ocurrido pensarlo, por descontado que sí. Pero a pesar de eso, o quizá precisamente por eso, acudiré a esa llamada. Además, con franqueza, Donna, siento mucha curiosidad por saber quién y cómo es la señora Pebbers.

* * *

Visto de cerca, aquel caserón tenía un aspecto aún más inquietante que divisándolo desde lejos. La cercanía agudizaba enormemente sus trazos siniestros.

Había llamado, pero no le abrían. Harry Ritter se dispuso a repetir la llamada.

Pero cuando alzaba nuevamente la mano, oyó que se descorría un cerrojo, un gran cerrojo a juzgar por el ruido que hacía. Se dejó ver una criada, de mediana edad.

Harry le dijo que el mayordomo le había telefoneado, y que la

señora Pebbers le esperaba.

—No comprendo —dijo la criada, un poco secamente—, aquí no hay mayordomo. Sin duda se trata de un mal entendido.

—¿Cómo…? —se extrañó Harry.

—Pero si la señora Pebbers le espera… Pase usted… Pase… Un momento…

Le dejó solo en el amplísimo vestíbulo, desde cuyo techo pendía una grandísima lámpara de bronce, de doce brazos. A la izquierda partía una enorme escalera. A la derecha, y enfrente, aparecían varias puertas de gruesa madera. Por doquier, cortinas y cuadros.

—Pase, señor…

La criada le introdujo en un amplio despacho, donde todo era de características muy similares a las ya señaladas. Allí estaba la señora Pebbers.

Se quedó desconcertado al conocerla. Tendría unos treinta y tantos años y era alta, de exuberante anatomía, sumamente atractiva, si bien con una belleza fría tras la que costaba adivinar lo que estaba pensando. Hacía las funciones de administrador de los bienes de los Bannard. Vivía allí con ellos.

—Yo no le he llamado a usted, señor Ritter —contestó ella, luego de enterarse del motivo de su visita—. Francamente, me extraña mucho lo que me cuenta.

—El primer extrañado soy yo, créame, señora Pebbers —y lo era, naturalmente.

—De todos modos —animó un tanto su expresión— ahora que le conozco a usted, pensaré en ello, es decir, en dejarme pintar. Bien mirado no sería ninguna mala idea… Si me decido a ello, le telefonearé, ¿le parece? Por favor, déjeme su tarjeta…

—Quedo a sus órdenes.

Dicho esto, Harry Ritter se dio prisa por salir de aquel lugar y por descender la colina.

Mejor dicho, se dio la máxima prisa posible por regresar a su lugar de procedencia.

Acababa de tener la corazonada de que aquella falsa llamada no había tenido otra finalidad que apartarle de Donna Dee.

No iba enteramente desacertado haciendo tales suposiciones, aunque no se trataba exactamente de eso. Se trataba, simplemente, de que una persona había tenido un particular interés en que no

permaneciera cerca de la señora Arnold…

Lo cierto es que Harry solía ir por su piso frecuentemente, pues cuando no se hallaba Donna en su buhardilla, él solía buscarla a menudo por aquel entresuelo primera. Con excusas mejores o peores, de allí no le sacaba nadie. Asiduidad que a la señora Arnold le estaba dando muy mala espina, haciendo que ya diera por descontado que Donna ocupaba ahora el puesto de Natalie, en todo y para todo.

* * *

A eso de las nueve, la señora Arnold había empezado a prepararse la cena. Una cena que constaba de varios platos. Una cena copiosa que, sin duda, le haría eructar hasta la medianoche.

Tenía enchufada la televisión, con la sonoridad puesta muy fuerte. Si no era así, no parecía entender lo que oía ni lo que veía.

Donna permanecía en sus habitaciones. A pesar del ruido de la televisión, debía estar leyendo. Le gustaba leer, a menudo se la veía con un buen libro entre las manos.

Atendiendo al fogón de gas, la señora Arnold no se dio cuenta de que alguien encerraba con llave a Donna, para así quitarse de encima una posible complicación. Después, ya más seguro de sí mismo, siguió adelante…

La señora Arnold acababa de pelar cebollas. Le escocían, le lloraban los ojos, y apenas veía el fogón. El cuchillo, con el que había pelado la cebolla, había quedado sobre la mesa de la cocina.

Pero el intruso, vestido enteramente de negro, con un pañuelo también negro cubriéndole el rostro, con sólo dos agujeros para los ojos, no cogió el cuchillo. Llevaba en la diestra unas tijeras, unas grandes y afiladas tijeras.

De pronto, las alzó en el aire y las clavó con todas sus fuerzas en la espalda de la señora Arnold, que profirió un ¡ay! espantoso, que el alboroto de la televisión, no obstante, se encargó de ahogar.

Se tambaleó aquel cuerpo, pero no cayó al suelo. Las manos, puestas sobre el fogón, consiguieron que aún le fuera posible mantener el equilibrio. La herida era profunda, pero no decisiva. Pudo girarse.

Entonces vio al asesino.

—Te dije que callaría, que no te delataría… —murmuró, entre

gemidos—. Lo he hecho así, te lo juro. No, no me merezco que hayas venido a matarme. ¿Por qué has cambiado de idea? —Y viendo que las tijeras se alzaban de nuevo, jadeó a la desesperada —. Te lo dije, ¿ya no lo recuerdas?, tu padre me amó mucho, cuando yo era joven y bonita…

Pero tal argumento no había de surtir el menor efecto en esta ocasión. En consecuencia, pues, las tijeras descendieron veloces como una centella y se clavaron en el voluminoso y jadeante pecho de aquella mujer, que nada pudo hacer para evitarlo.

Pero las tijeras, esta vez, no se limitaron a clavarse, sino que allí dentro efectuaron un escalofriante removido. Quiso asegurarse el trabajo. Esto resultaba indudable.

Ya mortalmente herida, la señora Arnold cayó al suelo, primero de rodillas y luego de bruces. Pero desde allí aún habló, mientras por su espalda y su pecho, por ambas partes, la sangre fluía en desorbitadas cantidades, dando la escandalosa sensación de que su cuerpo tenía más de nueve o diez litros de sangre, la cantidad que más o menos correspondía a sus casi cien kilos de peso.

—No es cierto que tu padre me amara… Lo dije para salvarme… Sé que sientes una morbosa y enfermiza adoración por su recuerdo y que sueles portarte bien con aquéllos a quienes él quiso… Por eso lo dije, sólo por eso… Pero no es cierto. ¡Ni ganas! Vuestro padre era un ser desquiciado, demente, como lo sois todos vosotros… todos voso…

Quedó muerta. Con la cabeza girada hacia la figura rigurosamente negra, que permanecía erguida, alta, inconmovible, esperando que llegara su final.

Entretanto, Donna se había puesto a dar golpes de puño a la puerta. Le pareció oír gritar a la señora Arnold, aunque no estaba enteramente segura de ello, y quiso salir a ver qué pasaba. Al encontrársela cerrada, comprendió que pasaba algo malo, muy malo. Quizá peor que la otra vez.

—¡Abran! —Se puso a gritar—. ¡Abran…!

* * *

Se metía ya en la calle estrecha y oscura donde se hallaba situada la casa de la señora Arnold, cuando Harry Ritter vio salir de allí a una sombra enlutada, sin rostro, que se deslizó rápida y

sigilosamente hacia donde le esperaba un coche. Un coche negro, cuyo motor estaba ya puesto en marcha, presto a arrancar.

No transitaba nadie. Pero esto no le desanimó. Harry echó a correr tras aquella sombra desconocida, de la que ya en otra ocasión le habían hablado. Estaba dispuesto a darle alcance.

Lo consiguió, pero ya para entonces aquellos dos agujeros centelleantes habían llegado junto al coche. A cuyo volante había unas espaldas cuadradas, enormes.

Tal sujeto, al ver lo que sucedía, se apresuró a salir del coche y se interpuso entre Harry y la sombra enlutada.

—¿Adónde vas, mequetrefe…? —apostrofó, dirigiéndose despreciativamente a Harry.

Se trataba de un hombre vestido normalmente, con el cabello tan rubio que parecía que lo tuviese blanco, con los ojos tan incoloros que daban la sensación de que sus órbitas se hallasen vacías, huecas. Era alto y fuerte como una muralla.

Su pregunta sonó como un chasquido de látigo.

Pero Harry Ritter no se impresionó demasiado, ni por la pregunta, ni por el aspecto del interesado. Él había estado más de una vez entre las cuerdas de un *ring*, convencido de que la fuerza de sus puños no era ninguna bagatela. Esto hasta que comprendió que debía cuidar sus manos, sus dedos, ya que ser un gran pintor era lo único que verdaderamente ambicionaba.

Pero bueno era que, ahora, tuviera a su alcance el modo de defenderse de los dos metros y pico de estatura. Y no sólo defenderse, sino de atacarle. De atacarle y de dejarle K. O.

—Oiga… —dijo Harry, socarrón—, eso que me ha dicho de mequetrefe no me ha sonado nada bien, lo que se dice nada… Tal vez porque hasta ahora nadie se ha atrevido a decírmelo. ¿Sería capaz de repetírmelo un poco más cerca, si no le importa?

No hizo falta más conversación para que el sujeto se abalanzara sobre Harry, lo que éste ya esperaba, por descontado. Hubiera sido muy ingenuo de hacerse otras ilusiones.

Así que, como le vio venir, Harry le esperó con un derechazo formidable, sensacional, que a su público de otros tiempos le hubiera puesto simultáneamente en pie.

El hombre rubio se quedó bailoteando de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, en un vaivén que recordaba el péndulo de

un reloj. Hasta que pasaron varios segundos no consiguió volver a la posición normal, la vertical.

La sombra enlutada debió darse cuenta, con absoluta claridad, de que Harry Ritter no era un enemigo sencillo y que aquel guardián, guardaespaldas o lo que fuera, iba a vérselas negras para poder con él. Quizá iba a vérselas más que negras, moradas, para ser él quien saliera ileso de aquella contienda.

Así, pues, y ciñéndose a la realidad, la sombra enlutada optó por subir al coche y por arrancar a toda velocidad, dejando solo al hombre rubio, que por un momento se quedó desconcertado, haciendo un gesto estúpido.

—Te has quedado sólito… —ironizó Harry—. No se puede fiar uno de los amigos, ¿eh? Ya ves, te ha dejado en la estacada… Así es la vida, todo son decepciones…

—¡Cállate, bocazas! —barbotó.

—Para que me calle —repuso Harry— tendrás que cerrarme tú la boca. Anda, a ver si lo consigues.

Nuevamente se abalanzó sobre Harry, pero esta vez tomando precauciones, ya que no iba a caer dos veces en la misma trampa. Pero tampoco pudo evitar, tras dos o tres golpes bastante certeros por su parte, que de nuevo le alcanzara el puño derecho de Harry. En esta ocasión de forma aún más técnica y demoledora que en la otra ocasión.

Por eso, y porque comprendió que la intención de su adversario era cogerle y llevarle a la policía, decidió huir. Las calles eran estrechas y oscuras. Podía conseguirlo.

A la primera oportunidad, echó a correr, y desapareció a lo lejos sin que Harry consiguiera darle alcance.

Pero si se salió con la suya, fue porque Harry no se tomó muy en serio la tarea de perseguirle. En verdad, se sentía impaciente por ver si a Donna le había sucedido algo.

Afortunadamente, nada malo le había pasado, aunque la encontró dando voces, gritos y golpes de puño a la puerta, en medio del alboroto de la televisión.

Una televisión que, por una curiosa y a la vez macabra coincidencia, en aquellos momentos estaba transmitiendo un telefilme de terror. La víctima se hallaba entre un espeluznante charco de sangre.

Lo mismo que la señora Arnold.

CAPÍTULO IV

Volvió a intervenir el inspector Merrill, pero tampoco en esta ocasión pudo sacar agua clara al asunto. Aunque esta vez había habido un crimen y la cosa ya no era, ni mucho menos, para tomárselo a la ligera.

De todos modos, esta vez Harry Ritter le puso al corriente de los acontecimientos. De los que pasaron días antes, y de los que acababan de pasar ahora. Y añadió:

—¿Quiere un consejo, inspector? Vigile a Jack Bannard. Es todo lo que puedo decirle.

Pero no había pruebas. Había que buscarlas. Había que dar con ellas. No quedaba otra alternativa.

Mientras tanto fueron pasando los días.

Harry seguía pintando a la muchacha, que actualmente vivía en la casa de al lado, en una pensión que no tenía nada de aceptable, sólo el precio, que era francamente exiguo.

—He estado pensando en ti… —Harry acababa de dejar los pinceles. La sesión había concluido—. ¿Por qué no dejas esa pensión y te vienes aquí…? Hay sitio para los dos. Así estarás más protegida, más segura, y además te resultaría más barato.

—Yo no soy Natalie… —dijo ella, con gesto de mal humor, pero sin sonrojarse.

—A ti no te estoy proponiendo nada —aclaró él.

—¡Ah!, ¿entonces reconoces que a ella se lo propusiste…?

Harry soltó una carcajada.

—Entre ella y yo —repuso— no sucedió nada que tenga importancia. Los hombres tenemos algunas aventuras, ya se sabe… Pero ahora no se trata de Natalie, ni de mí, sino de ti… Pueden querer matarte, pueden querer reincidir, ¿no lo comprendes? Y si yo no estoy a tu lado para defenderte… Mira, si vienes pondré un

biombo…

—No voy a venir —le cortó—. No sigas con este tema…

Alguien llamó a la puerta con los nudillos de la mano. Quedó interrumpida la conversación.

Fueron unos golpes que a Harry Ritter le recordaron otros, dados en la misma puerta no hacía mucho. Sólo que entonces no estaba Donna en su buhardilla, sino Natalie.

—Puede pasar.

En efecto, se trataba de la misma persona. De la madrastra de Jack, Mike y Margaret Bannard. Como siempre, vestida de negro de arriba abajo, con su rostro muy blanco dándole apariencia de fantasma. Con su voz suave, dulce, de tono amable y persuasivo.

—Vengo nuevamente a molestarle… —dijo apenas entreabrió la puerta—. ¿Puedo pasar, señor Ritter?

Se levantó gentilmente. Aquélla era toda una señora y como tal debía tratarla. De momento al menos, no existía razón para que fuera de otro modo.

—Encantado de saludarla nuevamente. Pase usted, señora —luego le presentó a Donna—. Siéntese, por favor.

Se acomodó en el borde de una silla. Daba la impresión de estar más agitada que la otra vez.

—Le dije que todo en usted inspira confianza, y da sensación de fuerza, de seguridad, ¿lo recuerda?

—Perfectamente. Me halagó usted.

—Le dije que si me veía en un apuro serio, vendría a pedirle ayuda. Pues bien, ese apuro está en puertas…

—Dígame —la animó a proseguir—. Puede contar conmigo para lo que sea.

—Quizá cuando sepa de lo que se trata —vaciló la voz de la dama— cambie de parecer.

—No lo creo probable.

—Verá, señor Ritter, estoy asustada… Sí, lo estoy… —Parecía no atreverse a alzar la mirada—. No por mí, sino por Jack, o tal vez por Mike, o quizá por Margaret… Temo que uno de los tres resulte sospechoso a la policía, concretamente al inspector Merrill… Usted ya sabe todo lo sucedido en esta casa… Y como sea que la persona que busca la policía es alguien que va rigurosamente enlutado, este pormenor parece dar sentido a la sospecha… ¡Oh, es ridículo, ya lo

sé! Sin embargo…

—Ir de luto no es motivo suficiente para inspirar sospechas. Usted misma, señora, va de negro, enteramente de negro, y no por ello nadie va a atreverse a pensar mal de su persona.

—Comprendo que tiene usted razón. Pero, créame, yo también la tengo. En definitiva, señor Ritter, vengo a suplicarle que acceda a la petición que la señora Pebbers va a hacerle.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Desea ser pintada por usted. Va a telefonearle, para hacérselo saber, y para intentar ponerse de acuerdo. Yo le he sugerido la idea de que, durante los días que dure el trabajo en el lienzo, usted viva en nuestra casa. A ella no le ha parecido mal. Pero, temo, señor Ritter, que se lo parezca a usted.

—¿Con qué finalidad? —volvió a preguntar.

—Averiguar quién es el verdadero culpable… Porque el culpable vive bajo nuestro techo, lo presiento —y añadió—: Si lo consigue, estoy dispuesta a darle quinientas libras.

A Harry se le escapó un silbido. Como el que pudiera escapársele al ver a una chica guapa.

—Nunca me habían pagado tan bien un cuadro —comentó.

—¿Qué me responde?

—Si aceptara, ello le desagradaría profundamente a Jack… Doy por sabido que me detesta.

—No, le aseguro que la cosa no llega a tanto —ahora levantó la mirada, como para dar más fuerza y convicción a sus propias palabras—. Créame, señor Ritter.

—Estaba muy interesado por Natalie, quería casarse con ella, pero ella se marchó de su lado para siempre. Y en buena lógica, dado que a mí me conoció en el cementerio, cuando ella me pidió ayuda…

—Un momento —dijo la dama, interrumpiéndole—, ¿qué ha dicho usted? ¿Qué Natalie se marchó para siempre de su lado? ¡Oh, no, aquí hay una confusión! —Y con una leve sonrisa—. Natalie está con él. Se halla en nuestra casa. Se casará con Jack en fecha próxima.

—¿Queeé…? —Harry se había puesto en pie, de un brinco—. ¿Queeé…?

* * *

Aceptó el plan. Por descontado que sí. Ahora más que nunca, pues no terminaba de comprender qué hecho había podido inducir a Natalie a cambiar de idea. Tenía que desentrañar el misterio.

—¡Pero esto es una locura! —exclamó Donna, así que estuvieron solos—. ¡Una auténtica locura! No has debido aceptar, de ninguna de las maneras.

—Si mi determinación es una locura, seguro que encaja allí, en el caserón. Por lo que parece, en esa casa todos están un poco mal de la cabeza.

—Pero va a significar un riesgo…

—No me preocupa eso, ni lo más mínimo. Sabré defenderme si se presenta la ocasión. —Lo haces por Natalie… Si no fuera por ella te hubieras negado, ¿verdad?

—Hubiera aceptado igualmente. Son quinientas libras, más o menos lo que necesito para poder exponer mis cuadros. Además, ya lo sabes, este asunto me tiene intrigado.

—Pero lo tuyo es pintar.

—A eso iré allí.

—Tengo miedo —dijo Donna— por ti…

Harry Ritter sonrió.

—Gracias, Donna. Es lo más agradable que podías decirme.

No mucho después la señora Pebbers le llamaba por teléfono.

CAPÍTULO V

El chófer de los Bannard fue a buscarle en el «Morris» de la familia. Era un hombre de bastante edad, de agradable aspecto, que se permitió usar un tono paternal y decirle:

—Yo de usted, joven, no iría a esa casa.

La ocasión era única para empezar a indagar.

—¿Qué tiene de malo esa casa? —preguntó Harry.

—Las personas que la habitan, a excepción de la señora Bannard que es una bellísima persona. Más que la madrastra, parece verdaderamente la madre de ellos. Una madre sufrida y abnegada, que sufre y lucha en vano por salvarles.

—¿Y qué me dice de la señora Pebbers? —Le veía propenso al diálogo, así que no se dejaba pasar la oportunidad.

—No hace falta que le diga nada, enseguida se dará cuenta de cómo es. A mí no me cae bien, pero a usted que es joven… en fin, yo de usted no iría.

—Permítame una pregunta. Si es un lugar tan poco aconsejable, ¿por qué está usted sirviendo en esa casa? Podría usted dejarla y buscar cualquier otra colocación.

—Pagan muy bien, mejor que en ningún otro sitio. Además, ya se lo he dicho, la señora es una bellísima persona, se lo merece todo.

Al poco de llegar ante aquel caserón, que visto de cerca acusaba sus trazos siniestros, fueron recibidos por la señora Pebbers, que llevaba un vestido ajustadísimo, con un escote en forma de uve que casi le llegaba hasta el estómago. Los senos le asomaban, llenos, turgentes.

A pesar de la frialdad que se esforzaba por exteriorizar, Harry Ritter comprendió que aquel vestido se lo había puesto en su honor. Y se convenció de que aquella mujer tenía de fría sólo la expresión.

Le destinaron uno de los dormitorios del primer piso. Una estancia amplia, con buenos muebles, blanda cama y chimenea individual.

—Dentro de media hora es la cena, señor —le comunicó la sirvienta.

Era la misma que le abrió la puerta de la casa en aquella otra ocasión. Acababa de subirle el equipaje.

Cuando Harry descendió la escalera pocos minutos después, todos estaban ya reunidos, esperándole, en el comedor. Bueno, todos no… a Natalie no la veía.

La señora Pebbers se adelantó. Después le fue presentando a los componentes de la familia.

Primero a la madrastra de Jack, Mike y Margaret Bannard. La dama correspondió al saludo, fingiendo no conocerle. Harry la trató de igual modo. Era lo convenido.

Jack por su parte, le estrechó la mano. No hubo en él exceso de cordialidad, pero tampoco descortesía.

«Nos conocíamos ya…», parecían decir sus ojos.

Mike Bannard era también alto y delgado, pero más joven y de aspecto menos inquietante que su hermano. Pero tampoco resultaba un tipo normal.

En cuanto a Margaret, alta y huesuda, acusaba con facilidad un claro desequilibrio mental, si bien daba la sensación de ser la más inofensiva de todos ellos.

Los tres iban rigurosamente vestidos de negro, lo que contribuía a dar un aspecto tétrico a sus rostros. Unos rostros que parecían no saber sonreír. En todo caso, sólo reír alocadamente.

Pero había allí dos personas más. Tony y James, hermanos de la señora Bannard. Los dos altos, recios, éstos vestidos normalmente. Ambos tenían la expresión grave y la mirada un tanto sombría.

—Ya que va a convivir con nosotros unos días, será mejor que conozca la casa… —Fue Tony quien se ofreció a enseñársela.

—Muy amable.

Harry creyó adivinar que un interés particular había guiado tales palabras. Y había de confirmar su propia hipótesis, cuando llegaron al sótano.

En la planta y en el piso, todo lo que habían visto era amplio, enorme, pero nada llamaba especialmente la atención. En el sótano,

sin embargo, no hacía falta ser un lince para reparar en seguida en el hecho de que una puerta se hallaba herméticamente cerrada. La que daba acceso al ala izquierda del caserón.

—El sótano ocupa la amplitud total de la casa… —murmuró Tony—, pero no puedo enseñarle más… Esta parte… es cosa de Jack… de Jack…

—¡Ah, ya! —Una exclamación que no le comprometía.

De nuevo en el comedor, Jack Bannard se levanto de su asiento apenas le vio llegar.

—Discúlpeme, señor Ritter… Antes me he olvidado de decírselo… —Y con esa voz que ya conocía, que parecía ir dando hachazos—. Natalie se encuentra indispuesta… No va a poder bajar a cenar con nosotros esta noche… No, no va a poder…

—Lo lamento —contestó Harry, sin inmutarse, con absoluta tranquilidad—. Espero que no sea nada.

—No, nada… —murmuró Jack—. Claro que no… Mañana ya estará bien.

* * *

Se habían apagado ya todas las luces del caserón, se habían silenciado ya todos los ruidos, y Harry Ritter aún no se había acostado. Iba de un lugar al otro de la estancia, como midiendo una y otra vez los pasos que había.

Natalie debía saber que él estaba allí. Seguro que iba a su encuentro, si tenía posibilidad de ello.

Seguía fumando. Un cigarrillo tras otro. Tenía ya el cenicero lleno de colillas.

Si ella no daba el primer paso, entonces lo daría él. Pero en principio tenía que esperar. Era lo razonable.

De pronto, sus pasos quedaron inmovilizados. Alguien estaba haciendo girar sigilosamente la manilla de la puerta. Ya ésta empezaba a entreabrirse lentamente, muy lentamente.

Tensó los músculos, contuvo la respiración, atento y dispuesto a todo. En realidad, cualquier imprevisto, por desagradable que fuera, podía surgir de súbito.

Pero no era un enemigo quien se introducía en su habitación. Era Natalie… Natalie, con ropas cerradas hasta el cuello, negras, con el cabello mal cortado, como un chico, sin el menor maquillaje

en el rostro, con la voz afónica:

—Harry… Harry…

Se echó en sus brazos, sollozando.

—¡Es horrible lo que me está pasando! ¡Horrible! ¡No sé cómo puedo soportarlo!

—No te preocupes —dijo él, presionándola contra su pecho para mitigar su angustia—. Ahora estoy yo aquí. Haré por ti todo lo que sea preciso. No lo dudes.

—Nadie puede hacer nada por mí —seguía sollozando—, ni siquiera tú, mi querido Harry…

—Pero ¿qué sucedió? Te dejé en el tren, en dirección a Londres. Te suponía sana y salva, a muchas millas de aquí. Esto es lo que menos podía imaginarme.

—Apenas dejé de saludaros, sentí que una mano se ponía sobre mi hombro. Me giré… ¡Era Jack Bannard! Su mirada se hallaba más encolerizada que nunca, su boca jadeaba de furor. Estábamos solos en aquel departamento, así que pensé que iba a matarme. Pero me dijo: «Tienes una oportunidad de vivir… Regresa conmigo. Ya ves, lo tienes muy fácil». Acepté, Harry, yo no quería morir. Desde entonces estoy aquí, vivo aquí, en espera del día de la boda. Un día que está muy cercano.

—Yo te ayudaré a salir de este endemoniado caserón —dijo Harry—. Deja de angustiarte, por favor.

—No, Harry, no podré salir de aquí —levantó sus ojos inundados de miedo, de terror—. Si lo hiciera, Jack volvería a dar conmigo y me mataría, ya sin remisión. Sí, lo haría, veo en sus ojos instintos asesinos… o demencia homicida, que para el caso creo que viene a significar lo mismo.

—Pero ¡no puedes resignarte a esto, Natalie! —Barbotó Harry—. ¡Sería como resignarse a que te enterrasen en vida!

—Será mejor que morir… —murmuro—. Aunque, date cuenta Harry, en lo que estoy convertida… Jack me obliga a vestir de negro, y me ha cortado el cabello… Él mismo lo hizo, con unas tijeras horriblemente grandes…

—¿Unas tijeras? —inquirió.

—Sí, sí… Tenía el cabello muy bonito, muy largo, tú lo sabes… No quiere que luzcan mis encantos… Por eso tampoco me deja maquillarme… Además…, además, cada día cuando anochece me

lleva al cementerio, al mausoleo de la familia y me hace gritar durante rato, y rato, que seré digna de los Bannard, que seré dócil, que seré sumisa, que seré buena… Harry, estoy ronca de tanto gritar, de tanto y tanto gritar…

—¡No consentiré que te quedes aquí, con ese loco! —Exclamó Harry—. Haré lo preciso para que recobres la libertad.

—No harás nada, Harry. En tal caso, tú también morirías… —Y añadió—: Por el bien de los dos, debes pintar a la señora Pebbers y luego marcharte… sin mí.

—No lo haré, Natalie. No podría hacerlo.

—Pero ¿no lo comprendes?, queriendo hacerme un bien, vas a perderme. Si Jack sospecha algo, me matará… A mí la primera…

—Murió asesinada la señora Arnold, ¿lo sabías?

—Sí, estuvo aquí el inspector Merrill Nos interrogó a todos. Me parece que sospecha de Jack.

—¿Y tú, Natalie? ¿También sospechas de él?

—No sabría decírtelo, Harry, Creo que sí. De todos modos, por más que pienso no término de encontrar razón, ni fundamento, a esa muerte…

—Sí estuvo aquí el inspector Merrill, era una buena ocasión para pedirle ayuda, protección, ¿por qué no la aprovechaste?

—No me atreví. ¡Si supieras el miedo que Jack me inspira! ¡Es algo superior a mis fuerzas! A su lado me siento como un vil gusano.

—No eres ningún gusano, Natalie, y aquí estoy yo para demostrártelo. Sin embargo, de momento te veo muy poco propensa a dar abiertamente la cara a esta situación en que te ves envuelta, de forma muy desagradable y peligrosa, esto lo admito. Así que, reflexionaré con calma y luego actuaré en consecuencia. No te preocupes, a ti no te pondré en peligro. Pero por adelantado puedes dar por seguro que no te dejaré sola.

—Gracias, Harry. ¡Pero, por Dios, sé prudente! Un paso en falso puede ser tu perdición y la mía. Ahora me voy… No debe enterarse nadie de que he venido a verte.

CAPÍTULO VI

Harry Ritter había empezado a pintar en el lienzo. Era aquélla la primera sesión. Se hallaban en una de las estancias del piso, cuyo ventanal dejaba entrar generosamente la luz.

La señora Pebbers estaba en bikini, dos piezas insignificantes, minúsculas, que parecían afanarse inútilmente por cubrir lo más indispensable. Según había dicho, deseaba que el cuadro mostrara sus encantos de la forma más pletórica posible.

—Eso si a usted no le importa, señor Ritter… —Y le miró como si le desafiara, o como si se le ofreciera. Más bien, ciertamente, como esto último.

—Mi especialidad son los desnudos. Así que, señora Pebbers, por mí no quede la cosa…

Mientras estuvo dando los primeros toques de pincel, ella permaneció quieta, pero mirándole de un modo tan intenso, tan avasallador, que Harry se dijo que aquella mujer era un volcán y que sin duda la erupción no iba a tardar en llegar.

Por lo menos llegó con absoluta rapidez una inesperada confesión.

—He terminado con James… Me refiero al hermano mayor de la señora Bannard… He terminado, tal vez debido al hecho de haberle conocido a usted. He comprendido que estaba perdiendo el tiempo con un hombre incapaz de llegar a satisfacerme del todo…

Se quedó con el pincel inmovilizado. Levantó hacia ella su mirada. Soltó una risita un poco fanfarrona.

—Muy amable, señora Pebbers, por lo que de adulación hacia mí encierran sus palabras.

—Se lo he dicho —aclaró ella— porque sin duda ayer noche le oyó entrar en mi dormitorio. Sí, entró, lo confieso… Pero ha sido la última vez. De ahora en adelante…

—¿Ya no entrará nadie? —inquirió Harry.

—Eso depende… —sonrió, queriendo incitarle.

—Es usted muy hermosa, señora Pebbers. Me extraña que no haya vuelto a casarse.

—No me compadezca. Le aseguro que no me he impuesto la menor abstinencia…

—El primer día que la conocí, pensé que sería usted una mujer fría, un témpano de hielo. Ahora me doy cuenta, me equivoqué radicalmente. Nunca podré equivocarme más.

—¿Lo lamenta?

—Todo lo contrario.

—Me agrada oírselo decir… —Se había acercado al caballete, con andares ondulantes.

Harry vio que estaba esperando que dejara los pinceles y que la besara. Estaba eso tan claro como la luz que entraba por el ventanal No quiso defraudarla, eso hubiera podido resultar contraproducente. Además, que a nadie amarga un dulce.

La estaba besando cuando…

Se abrió la puerta, sin previo aviso, entrando James en la estancia. Al verles se puso lívido.

—Disculpen… —dijo con tono irónico. Y luego añadió, mirando exclusivamente a la señora Pebbers—: Vas aprisa, ¿eh, querida? Sí, claro, ya te conozco. Te abruma sentirte sola.

* * *

Un rato después, en el despacho de la casa, la conversación había de encarrilarse hacia otros derroteros. Lo que Harry Ritter estaba intentando que sucediera desde el primer momento.

—En esta casa, una se siente ahogada, oprimida —se lamentó la señora Pebbers—. Todos y cada uno de sus habitantes, te arrastran a esta desagradable sensación. Puede que no sea culpa de ninguno de ellos en particular, pero en conclusión es así y…

—Me hago cargo, señora Pebbers, para una mujer tan joven, hermosa y atractiva cómo usted, esto debe ser poco menos que una cárcel.

—Por favor, llámame Pamela. Es éste mi nombre.

—El mío Harry.

—Y tutéame, te lo suplico.

—Como no…

—Sí, Harry, es como una cárcel vivir aquí.

Fue entonces cuando el joven pintor consideró llegado el momento de pisar el terreno que a él le interesaba. Preguntó:

—¿Por qué no has dejado esto? ¿No crees, acaso, que Jack, Mike o Margaret pueden resultar peligrosos en un momento dado?

—Mi padre era el administrador de la familia Bannard y yo, desde pequeña, solía venir aquí con él. Les conozco a todos desde hace muchos años. No les tengo miedo, aunque sé que no están del todo bien de la cabeza. Ellos también me aprecian, me consta, dentro de lo que cabe.

—¿Tu padre murió? —preguntó Harry.

—Sí, en un accidente de coche, en el que también iba el hombre con el que acababa de casarme. Me quedé muy sola y entonces la señora Bannard me ofreció venir aquí y ocupar el puesto que hasta entonces había desempeñado mi padre, el de administrador de la familia.

—¿Son muy ricos los Bannard?

—Lo fueron… muchísimo. Pero en la actualidad sus bienes apenas ascienden a veinte mil libras.

—¿En qué gastaron el dinero? ¿Fue el padre de los actuales Bannard el causante de tanto despilfarro?

—No, no fue el fallecido señor Bannard quien hizo que el dinero desapareciera… Porque lo cierto es esto, que de la noche a la mañana, o poco menos, ese dinero desapareció. Sí, ésta es la palabra exacta…

—¿Cómo…? —preguntó Harry. Tuvo la corazonada de que había puesto el dedo en la llaga—. No comprendo. Si no me lo aclaras, Pamela, palabra que no voy a entender nada.

—Verás, el señor Bannard sufría de vez en cuando algún desequilibrio nervioso, algún trastorno mental —el hombre que tenía ante sí le gustaba, así que se dejaba arrastrar por la conversación a la que éste la inducía—, pero lo cierto es que nunca hubo necesidad de encerrarle. En conclusión, fue un caso leve, que no dio motivos a serias alarmas… Antes de morir, rogó a su esposa que cuidara afanosamente de sus tres hijos… Porque los hijos sí habían de necesitar serios cuidados, y el padre era el primero en comprenderlo…

Se detuvo durante un par de minutos, durante los cuales se levantó de su asiento y se sirvió una buena dosis de *whisky*. A Harry también le sirvió. Luego, había de proseguir:

—No mucho después, Jack estuvo retirando grandes cantidades de dinero del banco. Cuando la señora Bannard se dio cuenta de la realidad, dicha cuenta corriente había quedado ya terriblemente mermada… Pero ¿adónde había ido a parar tanto dinero? ¿En qué lo había gastado, si es que en tan breve tiempo puede gastarse tanto? Ésta es la incógnita que aún está pendiente… Nunca se ha podido averiguar… Se le ha preguntado un centenar de veces, pero la respuesta siempre ha sido la misma, que no recuerda nada…

—Asombroso —comentó Harry.

—Tales hechos sucedieron antes de que Jack hubiera de ser internado en una clínica psiquiátrica, lugar en el que permaneció más de siete años. Antes, asimismo, de que Mike tuviera que ser internado en idéntico lugar. Antes, también, de que Margaret fuera a hacerles compañía… Cuando los doctores les permitieron regresar, todos confiábamos en que Jack recordaría dónde estaba el dinero… Pero sigue sin recordarlo, sin saberlo, no tiene la menor idea. Tal vez —sugirió la señora Pebbers— arrojaría el dinero al mar… ¡Vete a saber a qué tortuosos recovecos puede llegar una mente extraviada!

—¿Qué opinas de Jack? ¿Le consideras suficientemente restablecido como para contraer matrimonio?

—No me atrevo a decir lo que pienso.

—Dímelo a mí.

—Pienso —dijo Pamela— que deberían encerrarle de nuevo. Nunca ha estado más loco que ahora. ¡Si supieras cómo trata a la pobre Natalie, y a qué extremos la obliga a llegar! Lo malo es que nadie se atreve a intervenir… La señora Bannard porque no quiere dañar a Jack, yo porque sé que es más sencillo permanecer al margen.

—¿Qué opinas de Mike? —preguntó Harry. Quería saber su opinión de los tres.

—Lo mismo que de Margaret.

—Dime, pues, qué opinas de Margaret.

—Que ella y Mike se dejan llevar, arrastrar, por la nefasta influencia que sobre ambos tiene Jack. Hasta no hace mucho, se le

burlaban, se le reían, pero poco a poco Jack se ha impuesto a ellos y actualmente Mike y Margaret no son más que dos esclavos de su voluntad. De su anormal y desquiciada voluntad.

—Francamente, no te ves rodeada de una situación muy agradable.

—No, no lo es —y Pamela volvió a servirse una buena dosis de *whisky*.

Lo bebió de un modo tan goloso, y a la vez tan ávido, que Harry comprendió que estaba dada a la bebida.

* * *

El resto del día sólo sirvió a Harry para hablar, conversar o tratar más o menos superficialmente a los componentes de la familia, incluida Natalie, que a eso del mediodía se dejó ver rigurosamente vestida de negro, sin el menor maquillaje en el rostro, con el rubio cabello cortado de cualquier manera, no pareciendo ni sombra de la que había sido.

Respecto a James, el hermano mayor de la señora Bannard, resultó evidente que le profesaba una particular antipatía. Habían cesado bruscamente sus relaciones sexuales con la señora Pebbers e indudablemente, y no sin razón, claro, se la cargaba a él.

Por el contrario, Tony, el otro hermano de la señora Bannard, le dispensó en todo momento un trato bastante amable. Incluso le vio con la mirada menos sombría.

En un momento dado, la señora Bannard le entregó un manojo de llaves.

—Esta corresponde a la puerta de salida… Ésta al garaje… Ésta al sótano… —Se las fue indicando—. Ésta a una puerta que hay en el sótano, que siempre está cerrada, que Jack no quiere que nadie abra… Quizá las necesite. Quédeselas todas. Por si acaso.

—De acuerdo —dijo Harry, y se las metió en el bolsillo del pantalón.

Mike y Margaret apenas hablaron. Estaban pendientes en todo y por todo de su hermano Jack. Tenía razón la señora Pebbers, poseía actualmente sobre ellos una gran influencia.

—Mi padre fue un hombre magnífico —dijo Jack poco antes de la cena, cuando Natalie y él regresaban de una nueva visita al mausoleo— y por eso yo le venero. Y por eso hago que todos sus

hijos, y también Natalie, le llevemos luto, y así será hasta el último instante de nuestras vidas. Es lo menos que podemos hacer. ¿No opina usted lo mismo, señor Ritter?

Harry no esperaba ser interpelado en tal sentido.

Le pilló un poco de sorpresa. Lo que no le impidió, ni muchísimo menos, respirar hondo y responder.

—Opino de distinta manera. Lo lamento.

Jack le miró con ojos centelleantes. Su voz volvió a dar la sensación de que profería hachazos.

—¿Podría decirme por qué…?

—Porque a mi juicio —afirmó Harry— es un disparate tener una novia tan guapa como la suya y obligarla a ir así, pareciendo un alma perdida y maltrecha del otro mundo.

Todos se quedaron estremecidos. Nunca nadie se había atrevido a nada parecido, a nada semejante. Natalie se puso a temblar. ¿Qué iba a pasar ahora…?

Entretanto, Harry pensaba para sí:

«No va a pasar nada. Ese hombre no está bien de la cabeza, pero tampoco tan loco como intenta hacer creer. A mí no me la pega».

Jack Bannard crispó las mandíbulas, jadeó de rabia, de coraje, pero optó finalmente por no responder.

Así acabó la cosa.

Por aquel día…

CAPÍTULO VII

Al llegar la noche, había de ser la señora Pebbers quien disimuladamente se acercara a Harry. Al poco, le diría con la más cautivadora de sus sonrisas:

—Si te gusto, puedes venir a mi dormitorio a demostrármelo… A mí me encantará recibirte.

—Iré —prometió Harry.

Pero llegado el momento de hacer lo dicho, Harry demoró intencionadamente el instante de reunirse con ella. Sabía que a la señora Pebbers le gustaba la bebida y estaba convencido de que, si tardaba, ella mataría o apaciguaría su impaciencia sirviéndose alguna que otra copa, Tal vez unas cuantas. Seguro que en su dormitorio no faltaba una buena botella de *whisky*.

Se proponía encontrarla más animada de la cuenta. De este modo le resultaría más fácil sonsacarle lo que, o mucho se estaba equivocando, o ella sabía y se había guardado para sí… Algo que había preferido callar, aunque él ignoraba todavía los motivos.

Así que, con toda intención, Harry dilató el momento de reunirse con aquella mujer, que con la mirada le había ofrecido ya una y otra vez una excitante noche de amor.

Pero Harry midió mal el tiempo. Le concedió demasiado. Porque lo cierto es que la señora Pebbers sentía un verdadero e incontrolable vicio por la bebida. Cuando empezaba, nunca se sabía cómo iba a acabar. Aunque lo más normal es que acabara como una cuba.

En consecuencia, cuando entró en su dormitorio, la encontró ya tambaleante, balbuceando lamentablemente.

—¡Oh, cielo… cuan… cuánto has… has tardado!

—Ya me tienes aquí.

Comprendió que en aquellas condiciones no iba a dar de sí, en

ningún sentido…

Pero pensó que, si se apresuraba a hacerle un par de preguntas concretas, quizá aún acertara a respondérselas.

—Dime, Pamela, ¿quién tiene las llaves del sótano?

—¿Del sótano…? —Bebió un nuevo trago. Luego dejó la copa sobre el tocador, se acercó de nuevo a él y se colgó mimosamente de su cuello—. Yo no, Harry.

—¿Quién, entonces? —la apremió.

—Jack… Jack… —tartamudeó—. Es el único que las tiene. Las guarda celosamente en su poder, negándose a entregarlas a nadie. Pero para mí…

Se interrumpió, pues acababa de dar un traspié. Pero no pasó nada porque seguía colgada del cuello de él y se sujetó allí.

—Pero para ti, ¿qué…? —Harry no quería que perdiera el hilo de lo que estaba diciendo.

Si lo perdía, seguro que no lo recuperaba. Estaba ya para muy poco.

—Para mí —repitió Pamela— que la señora Bannard tiene otras… Pero dice que no… Así que Jack cree que es el único… Allá él… A mí me da lo mismo…

—¿Por qué Jack se niega a entregárselas a nadie? —inquirió—. ¿Lo sabes tú? ¿O lo sospechas al menos…?

—No lo sé. Pero sí, lo sospecho… Chisss… Chisss… —Puso el dedo índice sobre los labios, en gesto de silencio—, nadie debe oírnos… Te lo diré, Harry, a ti sí… En el sótano debe estar el dinero… El dinero que desapareció hace años… Estoy convencida de ello… Pero como no es mío, allá se las compongan los de la familia… A mí plim… Anda, Harry querido, bésame…

Harry la besó, pero viendo que sus párpados se entrecerraban, sin duda porque debían estar pesándole como si fueran de auténtico plomo, optó por decirle:

—Ahora debo irme…

—Pero si acá… acabas de lle… llegar… —balbuceó ella—. Si apenas… me… me has be… besado… Si aún estás ves… vestido…, si aún no… no…

—Volveré en seguida, preciosa —aseguró Harry—. Sólo tardaré unos cinco minutos. Échate en la cama y espérame, ¿quieres?

—Bueno… bueno… —Pesadamente se tumbó en el lecho—, pero

no tardes, Harry. Tengo muchos deseos de tenerte…, tenerte cerca, muy cerca… Tú ya sabes lo que quiero decir…

—De acuerdo, Pamela. Así que pueda. Sólo unos minutos.

Pero Harry sabía que antes de que transcurrieran unos minutos, la señora Pebbers dormiría como un tronco. Posiblemente no se despertaría hasta la mañana siguiente.

Salió de puntillas al pasillo, agudizando el oído. No se oía nada. Todos debían estar reposando en sus respectivos aposentos. Era el momento adecuado de actuar.

Descendió la escalera y luego se dirigió hacia la pequeña puerta que daba acceso al sótano. Apenas entreabierta la puerta, encendió la linterna de pilas, proyectando la luz a su alrededor.

Así vería bien por dónde iba. Ya conocía el camino, pero no lo suficiente.

Una vez ya en el interior del propio sótano, se detuvo un instante y se aseguró de que allí no hubiera nadie. Todo podía ser. Debía tomar precauciones. Lo contrario podría entrañar excesivo riesgo.

Luego siguió adelante, siempre ayudado por la linterna. A no ser por su luz, le hubiera resultado imposible avanzar. Allí la oscuridad era absoluta.

Al llegar al trozo de sótano que correspondía al ala izquierda del caserón, dedicó una especial atención a la puerta que permanecía herméticamente cerrada.

Pero no llegó a poner en la cerradura la llave que le había entregado la señora Bannard. Iba a hacerlo, en efecto, pero en aquel momento sintió una respiración tras él.

* * *

—No se asuste, señor Ritter, soy yo…

—¿Quién es usted? —De momento no le había reconocido, pero le echó encima el foco de luz y entoneles exclamó—: ¡Ah, es usted el chófer!

—El mismo —dijo éste—. El que le recomendó que no viniera a esta casa. Como habrá podido darse cuenta, era un buen consejo.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Harry.

—He oído que alguien bajaba la escalera y que se encaminaba hacia el sótano. He decidido seguir sus pasos. Con sinceridad, señor,

esta puerta cerrada es la obsesión de todos… También de los sirvientes, por descontado que sí… También del señor Tony, el hermano de la señora Bannard… ¿Se fijó cómo se ofreció a enseñarle toda la casa…? Lo hizo para mostrarle el sótano, para que usted viera que había una puerta herméticamente cerrada… Todo el mundo desea que alguien se atreva a llegar hasta aquí y desentrañe el misterio que pueda haber… Claro que —añadió el chófer— yo no me imaginaba que fuera usted y me disponía a permanecer a distancia, averiguando discretamente lo que pudiera. Pero tratándose de usted, no me importa hacerle notar mi presencia… —Y sin transición—. ¿Puedo ayudarle en algo, señor Ritter?

—Sí, puede hacerlo —dijo Harry— tome la linterna y alumbre esta cerradura.

Había comprendido que podía fiarse de aquel hombre.

Pero así que el chófer cogió la linterna y alumbró la cerradura, un grito convulso salió de su garganta. Harry había visto brillar en lo alto, sobre las espaldas de aquel hombre, el fulgor relampagueante de unas inmensas tijeras.

Harry se abalanzó sobre la sombra enlutada que había asestado aquel terrible golpe. Quería verle el rostro, Pero no pudo conseguirlo, pues aquella faz no era más que un pañuelo negro con dos agujeros en lugar de ojos. Dos agujeros que centelleaban.

La linterna había caído de las manos de aquel infeliz, y quedó en el suelo, alumbrando un trozo de pared.

—¡Detente! —gritó Harry a la sombra. Y agregó—: ¡No saldrás del sótano sin antes habértelas visto conmigo!

Se disponía a cortarle el paso, cuando un nuevo personaje se presentó en escena.

Pero no era realmente un nuevo personaje. Le tenía ya visto. Era aquel sujeto de cabello tan rubio que parecía que lo tuviera blanco, con unos ojos tan incoloros que daban la sensación de que sus órbitas se hallaban vacías, huecas, al que ya tenía el gusto de conocer.

—¿Usted…? ¿Otra vez usted…? —rezongó Harry.

—Otro tanto podría decir yo, ¿no cree?

—Dígalo si quiere, yo no se lo impido. Pero no huya como en la otra ocasión, como un redomado cobarde. Los hombres que se precian de serlo, pelean, luchan, dan la cara.

—¡A mí no me va enseñar usted a ser hombre!

—Demuéstremelo con algo más que con simples palabras —barbotó Harry—. De lo contrario, le guste o no, sólo le consideraré algo así a una dama fina y delicada…

Se enzarzaron en una lucha tremenda, feroz, endemoniada. Una lucha que a la sombra enlutada no le gustaba. A juzgar por sus muestras de impaciencia, hubiera preferido una nueva huida por parte de su guardián, guardaespaldas, o lo que fuera.

Pero a Harry sí le gustaba estar metido en aquella lucha, por eso le había provocado. Sabía que antes o después acabaría con las fuerzas de aquel hombre y es lo que necesitaba, tenerle en su poder y obligarle a responder.

Rodaban ambos por el suelo, dando y recibiendo golpes a placer, cuando la sombra enlutada, aprovechando que había quedado libre de movimientos, se acercó de nuevo al chófer, que ahora yacía en el suelo, de bruces, jadeando y desangrándose. Alzó las endemoniadas tijeras que seguía sujetando en su mano enguantada y las clavó en aquel cuerpo, y volvió a hacerlo, hasta rematarle inexorablemente.

La oscuridad era muy intensa, a excepción del lugar que alumbraba la linterna desde el suelo, pero Harry pudo darse cuenta exacta de lo que sucedía. Entonces redobló su empeño en dar un derechazo demoledor a aquel hombre. Un derechazo que le hundiera de forma definitiva e inapelable.

No era suficiente que diera tumbos, que se le doblaran las rodillas, que se encogiera, que lanzara ayes. Era preciso que quedara fuera de combate de una vez.

Pero la oscuridad le dificultaba la acción. A la luz del día todo hubiera sido distinto.

Sin embargo, había de ser Harry quien quedara fuera de combate.

La sombra enlutada dio un rodeo, cogió un hierro que había por allí y a traición descargó con todas sus fuerzas un golpe sobre la cabeza del joven pintor.

Éste sintió que todo rodaba, que el suelo le subía y el techo le bajaba. Comprendió que iba a caer desvanecido.

* * *

Cuando recuperó el conocimiento, se llevó instintivamente la

mano a la cabeza. Le dolía horrores. Sintió un bulto.

La linterna seguía en el suelo, en el mismo sitio, iluminando un trozo de pared. Lo demás eran sombras, y más allá oscuridad.

En seguida recordó lo sucedido. Pero el cuerpo del chófer no estaba. ¡Había desaparecido! ¡Ni siquiera había huellas de su sangre! ¡Como si todo aquello hubiera sido una mera pesadilla!

Harry Ritter reflexionó unos instantes.

Optó por regresar a su dormitorio. Sin más.

No tomó otra determinación, porque sabía que respecto al chófer ya todo era tarde.

Los muertos no necesitan ayuda.

CAPÍTULO VIII

Decidió hacer como si nada hubiera sucedido aquella noche, como si él nada supiera. Así vería cómo reaccionaban unos y otros. Eso posiblemente le llevaría a sacar conclusiones.

Pero aquella mañana, antes de hablar con nadie, habló con Donna.

Estaba muy nerviosa, muy preocupada por él, ésta era la verdad. Y sólo se le había ocurrido telefonearle, para convencerse de que no le pasaba nada malo.

—Todo va perfectamente, Donna.

—¿Estás seguro…? —La voz no llegaba muy segura a través del hilo.

—Segurísimo.

—¿No quieres que avise al inspector Merrill?

—Le avisaré yo… cuando sea el momento oportuno. Si es que ese momento llega.

—¿Cuándo acabarás el cuadro?

—¡Mujer, si acabo de empezar!

Llegó un silencio largo, muy largo. Harry casi creyó que ella había colgado.

—¿Donna…?

—Sí, Harry, estoy aquí.

—Oye, quería decirte una cosa… No te busques otro novio, ¿eh?, o me enfado.

—¿Otro…? —inquirió la voz de ella.

—Claro, otro que no sea yo. ¿O es que no te has enterado aún de que soy tu novio?

No dijo nada más. Colgó un poco bruscamente. Alguien se acercaba y no quería que sus palabras pudieran llegar a oídos extraños. Además, que podía tratarse de la señora Pebbers, una

mujer que, celosa, adivinaba que sería poco menos que insoportable.

Pero no se trataba de ella, sino de la señora Bannard.

—Me alegro de encontrarle a solas —dijo ésta—. Cuénteme… ¿Ha conseguido averiguar algo?

—Desgraciadamente, no.

—Sí, claro, aún es pronto. Disculpe mi impaciencia… ¡Pero es tanto mi deseo de echar a un lado el terrible temor que me agita! Sólo yo sé lo que sufro.

—No sufra, señora. Todo se arreglará.

—Ya se lo dije, ¿no? Presiento que el culpable de todo se halla bajo este techo.

—Sí, me lo dijo.

—Pueden ser mis propios hermanos…

—¿Qué sentido tendría? —indagó.

—No sé… No sé… Pero usted ya debe saber lo del dinero desaparecido, ¿verdad? Pues alguien lo tiene, alguien lo esconde, en algún sitio tiene que estar. A menos que Jack lo tirara al mar, como suele decir la señora Pebbers.

—Ella no entiende de esas cosas. Ella sólo entiende de *whisky* y de goces sexuales.

—Veo que empieza a conocerla —y añadió—: James y ella son amantes. ¿Lo sabía usted, señor Ritter?

—Lo eran, señora. Ya no lo son.

—¿Usted es el culpable…? —preguntó un poco maliciosa, pero sin que por ello su voz dejara de ser tan dulce como lo era siempre.

—Mucho me temo que sí. Por lo visto, de buenas a primeras la señora Pebbers me ha catalogado de irresistible…

—Y usted se deja querer. Sí, claro, es lo que suelen hacer los hombres. No me diga más, esta noche la ha pasado con ella.

—Se equivoca —y soltó como si tal cosa—. La he pasado junto a un muerto.

—¿Qué dice…? —Respingó.

—Su chófer.

—¿Qué…?

—Eso, lo dicho, que su chófer ha muerto. Ha sido asesinado con unas tijeras, por una persona rigurosamente vestida de negro, con el rostro cubierto con un pañuelo… Pero el cadáver ha volado, no se

encuentra por ninguna parte, así que de momento sólo puede constar como desaparecido.

—¡Por Dios, no telefonee a la policía! —Se angustió—. Haga como si no supiera nada.

—Es lo que estoy haciendo…

—Detendrían a Jack, o a Mike, o a Margaret… ¡Sería horrible, espantoso!

—Les defiende como si estuviera enteramente segura de su inocencia.

—Creeré en ella mientras no se me demuestre su culpabilidad.

—No puedo oponer nada a sus razonamientos, señora. Además, me encuentro aquí porque usted me ha ofrecido dinero. En principio y en buena lógica, debo estar de su parte, es mi obligación.

—Confío en usted, señor Ritter.

—Espero no defraudarla.

* * *

La señora Pebbers se levantó con mala cara.

Cuando ella llegó al comedor, los demás estaban ya desayunando. James alzó su mirada del pan tostado con mantequilla y comentó con un máximo de mordacidad:

—Tienes ojeras, Pamela. ¿Por causa de la bebida o debido a otros excesos…?

—¡Sabes ser desagradable cuando quieres! —exclamó ella—. ¡Bah!, no te hago caso —e hizo un gesto despectivo.

Se sentó a desayunar y al poco estaba mirando lánguidamente a Harry, como pidiéndole disculpas por haberle recibido la otra noche en tan deplorables condiciones. No volvería a pasar. Claro que no. Lo juraba. ¡Cómo había podido hacerlo!

—Nos hemos quedado sin chófer, ¿lo sabíais?

—Yo no sé nada —contestó Mike.

—¿Por qué se ha ido? —preguntó James, el hermano mayor de la señora Bannard.

—¿Y qué te hace suponer que se haya ido? —inquirió a su vez Tony, el otro hermano.

—Si no he oído mal, ha dicho Margaret que nos hemos quedado sin chófer.

—Pero eso no tiene que significar forzosamente que se haya ido.

—Pero, bueno —intervino Mike—, ¿qué juego de palabras os lleváis? ¿Pasa algo?

—¡Tú cállate! —exigió Jack.

—Bueno —cedió Mike, turbado.

El resto del desayuno se llevó a cabo sin que ninguno de ellos volviera a despegar los labios. Hasta que, ya levantados de la mesa, fue la señora Bannard la que intentó zanjar aquel asunto.

—Ayer reñí al chófer… Debió molestarse y por eso, sin duda, nos ha plantado. Es ésta la explicación más lógica.

—No, no lo es —dijo Margaret—. De habernos plantado, se hubiera llevado sus cosas. Y las ha dejado, todas…

—¡Cállate tú también! —volvió a exigir Jack.

—Sí, sí… —La muchacha acató sus órdenes con tanta rapidez como segundos antes, lo hiciera Mike.

Ya no hubo más comentarios.

Después, la señora Pebbers hizo todo lo posible por dar con Harry, Pero se encontró con James, que a su vez la buscaba a ella.

—¿Qué quieres…?

—Hablar contigo, Pamela. ¿O es que ahora ya no puedo ni hablar contigo?

—Puedes, sí, claro que sí. Pero te agradeceré que seas breve. Tengo trabajo.

—¿Qué trabajo? ¿Posar en bikini…?

—Podría ser.

—Dime, ¿qué esperas de ese Harry? —Y antes de recibir respuesta—. ¿Un amor como el mío? No bromees. Así que concluya el cuadro, se irá y no volverás a verle el pelo.

—Es muy posible, no te lo discuto —se encogió de hombros, en ademán de indiferencia—. Pero hasta entonces habré sabido aprovechar las ocasiones…

—No lo dudo, te conozco.

—Bueno, ¿esto es todo lo que querías decirme?

—No —la cogió por un brazo, deteniéndola—. Aún quiero hacerte una pregunta.

—Házmela.

—Es una pregunta que aparentemente lo tiene todo de sencilla, pero que en el fondo me parece que no lo es tanto. ¿Qué crees que

le ha sucedido al chófer?

—¿Qué crees tú…?

—Yo he preguntado primero, ¿no?

—Le estáis dando mucha importancia a un hecho simple… ¿O acaso alguien sabe más de lo que dice?

—Es lo que a mí me gustaría saber.

—Pregunta a otro. Yo no sé nada… —Y agregó, con el ceño fruncido—: Ni deseo saber nada.

Sólo parecía importarle encontrar a Harry, a solas, y poder hablarle. Lo que consiguió un rato después.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¡Oh, no! —aseguró Harry.

—Debí causarte muy mala impresión… Una impresión deplorable… Pero te aseguro que no volverá a suceder. Es que —confesó, un poco avergonzada— la bebida puede a veces más que yo. Empecé a beber de jovencita, casi de niña, y ya ves, ahora…

—¿Por qué empezaste a beber? —Preguntó Harry—. ¿Hubo un motivo especial? Suele haberlo.

—Sí, Harry —reconoció— hubo un motivo. Mi padre me obligaba a venir aquí, a esta casa… Yo tenía miedo… Jack, Mike y Margaret me ponían los pelos de punta… Para encontrar ánimos dentro de mí misma, solía ir al mueble bar… Así empezó la cosa…

—Ayer me dijiste que no les tenías miedo —le recordó.

—No, ya no me inspiran el menor temor. Pero al principio era distinto, sentía incluso terror ante ellos… —Y de pronto—: ¿Puedes hacer un esfuerzo, Harry, y olvidar lo de ayer, y volver a empezar conmigo…? ¡Lo deseo tanto!

—De acuerdo, Pamela.

—¿Vendrás esta noche? Te aseguro que, por mucho que tardes, no beberé ni una gota. Ni aunque me muera de sed.

—Bien, Pamela. Espérame.

El cielo se había nublado de tal forma, que a pesar de ser media mañana la oscuridad se cernía espesamente sobre la colina. Parecía como si el día estuviera declinando ya. Posiblemente, de un momento a otro, se desencadenaría una tormenta.

Resultó casi obligado dejar la sesión de pintura para la mañana siguiente. Lo que favoreció los planes de Harry, que tenían como mira primordial buscar el cadáver del chófer.

Sabía que por alguna parte tenía que estar.

CAPÍTULO IX

A pesar de que había llovido torrencialmente, y de que el camino se hallaba con charcos y barro, Jack se empeñó en llevar a Natalie una vez más al mausoleo de los Bannard.

Harry Ritter estuvo a punto de intervenir. Realmente, apenas pudo contener su impulso. Pero comprendió que debía andar con pies de plomo, ya que, de lo contrario, las consecuencias podían ser no todo lo favorables que exigía aquella tan delicada y peliaguda situación.

Dejó, pues, que Jack se saliera nuevamente con la suya. Por lo demás, ninguno de los presentes, y en aquel momento estaban todos, osaron intervenir. Por lo visto nadie era capaz de llevarle la contraria a Jack.

Pero hubo pesar y desconsuelo en el rostro de todos ellos, cuando no mucho después Natalie regresó cojeando visiblemente. Se había dado un fuerte golpe en la rodilla.

—Ha resbalado, con el barro… —dijo Jack—. Iba sin cuidado, sin mirar donde pisaba…

Ya sentada Natalie en un sillón, le hicieron que moviera la pierna en uno y otro sentido, para asegurarse de que no tenía nada roto. De lo contrario hubiera sido inevitable llamar al doctor.

—Menos mal… —dijo la señora Bannard al ver que podía hacer todos los movimientos.

—Pero me duele mucho —se quejó Natalie.

—Sería conveniente vendarle la rodilla —opinó Harry.

—Sí, claro —asintió Jack.

La propia señora Bannard hizo de enfermera. Mientras tanto, Natalie tuvo que alzarse la falda, enseñando sus piernas hasta más arriba de medio muslo.

Esas piernas que Harry Ritter había pintado en un lienzo,

formando parte de un magnífico desnudo. Un lienzo que, si tenía un poco de suerte, pronto vería expuesto en unas famosas galerías.

Pero como sea que, no sólo Harry, sino también los demás hombres, miraban demasiado aquellas hermosas piernas, Jack le estiró la falda hacia abajo en un gesto lleno de brusquedad.

—¡Basta ya de exhibiciones! —barbotó.

—Hijo, la estoy vendando… —repuso la señora Bannard—. No seas así, Jack.

—¡Acaba de una vez!

—Sí, sí… En seguida…

Y sin saber exactamente por qué, fue precisamente en aquel instante cuando Harry tuvo la sensación, la viva, profunda e hiriente sensación de que a aquel diabólico rompecabezas ya no le faltaba ninguna pieza. La pieza que debía encajar y completar el asunto estaba ahora allí, allí mismo… Allí mismo…

Fue como si el culpable hubiera cometido una equivocación, descuidado un pormenor… Y como si este pormenor le estuviera delatando de la manera más total y absoluta.

Dominado por la intensidad de su sensación, Harry miró a todos ellos, uno a uno. No quería que el detalle revelador se le escapara. No, no quería que le pasara por alto.

Pero ¿qué había ahora de particular a su alrededor…?

Nada.

Todo era como antes, como siempre.

Los mismos personajes, que una vez más se comportaban a su modo. Ninguno parecía haber hecho o dicho nada de más, nada discordante. Todo igual. Todo idéntico.

Entonces, ¿por qué había experimentado aquella tan profunda y fuerte sensación…?

Sacudió la cabeza, intentando desaturdirse.

* * *

No había conseguido otra cosa que sentirse más confuso y desconcertado que nunca.

Pero no pensó en desistir de su empeño. Ni hablar de eso. Ahora menos que nunca.

Daría con el culpable, estaba seguro. No dejaría que se le escapara. Llegado el momento le amarraría bien. Podría cobrar las

quinientas libras qué le había ofrecido la señora Bannard.

Lo primero que haría aquella noche, cuando el silencio se adueñara del caserón, sería ir al sótano y traspasar de una vez aquella puerta cerrada.

Le daba el olfato que allí dentro estaba, no sólo el móvil de todo, sino también el cadáver del chófer.

Recordó el manojo de llaves… Más fácil no podía tenerlo. Claro que debía no olvidarse de las personas que podían ponérsele por delante, anteponiéndose a su acción. Como la otra vez.

¿De dónde, demonios, saldría la otra noche aquel hombre, el del cabello que parecía blanco, el guardaespaldas? Bueno, era fácil de imaginar, la sombra enlutada le habría abierto la puerta de la casa. Qué duda cabe, le gustaba actuar estando bien protegido.

Pero ¿quién en definitiva se ocultaba tras aquel pañuelo negro, sólo con dos agujeros para los centelleantes ojos?

Todo hacía presumir que se trataba de Jack. ¿No fue Jack, acaso, quien por primera vez atacó a Donna, confundiéndola con Natalie…?

Pero faltaban las pruebas…

En fin, para prevenirse iría armado cuando se dirigiera nuevamente al sótano.

Tenía en su poder una pistola automática. La había conseguido antes de acudir a aquella casa. Desde el primer momento se había sentido consciente de que aquel trabajo de quinientas libras de recompensa no iba a ser ningún juego de niños. Al ir al sótano, pues, sería el momento de no dejarse olvidada el arma, por si las moscas. Aunque él contaba, ante todo, con la fuerza de sus puños.

Efectivamente, se metió la pistola en el bolsillo de la americana antes de salir de su dormitorio. Después, tomó las máximas precauciones para no ser oído por nadie.

Pero apenas hubo descendido la escalera principal, antes de dirigirse hacia la pequeña puerta que daba acceso al sótano, oyó un ruido.

Un ruido leve, casi imperceptible, pero ya no le cupo la menor duda. Le estaban siguiendo los pasos.

Aun así, Harry siguió adelante, sereno e imperturbable como si no se hubiera percatado de nada. Quería llegar al final de todo. Y buscaba el modo más directo de conseguirlo.

Ya en el sótano, esperó durante unos minutos, pegado a la pared, a que se dejara ver la persona que antes, a sus espaldas, hiciera un leve ruido. Aún no había encendido la linterna.

Pero nadie apareció, como si sus oídos, o sus nervios, le hubieran jugado una mala pasada.

Sin embargo, Harry sabía muy bien que sus oídos funcionaban perfectamente. En cuanto a sus nervios, jamás le habían dado motivo de alarma.

De todos modos, y aún consciente del peligro que le acechaba, Harry no estaba dispuesto a perder tiempo. Abriría aquella puerta… Ahí cerca la tenía. Si alguien se le echaba encima, ya se enteraría.

Sacó la linterna, proyectando su luz. Luego metió en la cerradura la llave correspondiente, haciéndola girar. Ahora sólo faltaba mover la manilla y empujar.

Pero antes de hacerlo, se volvió. ¡Qué extraño que nadie le impidiera llevar a cabo su pretensión! ¡Si alguien estaba a tan pocos pasos de él, entre la oscuridad, estaba seguro!

Esta convicción no le impidió girar la manilla y entreabrir la puerta. Pero no, allí no había nada de extraordinario, era un lugar vacío, simplemente eso, aunque…, aunque…

Llegó a sus tímpanos un ruido extraño, como el revolotear de unas alas, como el graznido de unos pajarracos.

Siguió adelante, hacia aquel ruido cuyo significado no terminaba de asimilar. Aunque sí, algo estaba recordando en aquellos instantes. ¿No le dijo Jack a Natalie en cierta ocasión, que si no se casaba con él la mataría y arrojaría su cadáver a los buitres? Y Jack había de añadir: «Tengo muchos, muchos, vale más que lo sepas…».

Pero Harry nunca creyó que aquello pudiera ser cierto. ¡Tener buitres…! ¡Qué alucinante y desquiciada originalidad!

Lo mejor, empero, era averiguarlo todo por sí mismo. Ya sólo le quedaban unos pocos pasos para llegar a la otra puerta.

Pero esa puerta tenía la cerradura nueva y ninguna de aquellas llaves servía. Harry tuvo que sacar la ganzúa que llevaba en previsión de lo que fuera.

Cuando pudo entreabrir esa nueva puerta, quedó paralizado de horror. A la luz de su, linterna, vio allí mismo el cadáver del chófer y sobre su cuerpo, frenéticos y famélicos, docenas de parduscos y negros buitres. Con sus picos acerados, desgarraban la carne sin el

menor esfuerzo.

Pero a unos metros del cuerpo del chófer, otros buitres también se amontonaban… ¡Había allí otro cadáver, parte del cual estaba ya totalmente devorado!

Se trataba del guardaespaldas. En vida, sus ojos claros daban la sensación de tener las cuencas vacías, huecas… Ahora era más que eso. ¡Ahora estaban vacías y huecas de verdad! Los buitres debían haberse sentido atraídos por aquella mirada tan incolora, haciendo de ellos el aperitivo de aquel fastuoso festín.

Ante la entrada de Harry, los buitres se sobresaltaron, batieron alas, graznaron, interrumpieron su banquete, pero fue durante muy breves segundos. Después, prosiguieron saciando su hambre.

Harry dirigió la luz de su linterna hacia un lado, y hacia el otro. Proyectó aquella claridad por todo aquel lugar. De pronto, dejó la luz parada ante una trampilla del suelo.

Se dijo que el dinero desaparecido debía estar allí. Tenía todas las trazas de ser así.

Pero no pudo comprobarlo. Vio a la sombra enlutada tras él. Se volvió rápido, veloz, llevando la diestra hacia el bolsillo de su americana.

Sí, ante él se hallaba la sombra rigurosamente vestida de negro, ocultando su rostro tras el pañuelo de siempre.

Harry Ritter se abalanzó hacia adelante, dispuesto a que no se le escapara. Prefería eso a verse obligado a disparar.

Sin embargo, la sombra se escurrió hacia un lado, se mezcló entre la oscuridad y logró desorientarle. Por lo visto conocía muy bien el terreno que pisaba. Prueba de ello, que al poco desaparecía del sótano como un verdadero fantasma.

Al ver que huía, Harry se lanzó en pos del asesino, pero éste había corrido el cerrojo de una de las puertas, dejándole encerrado.

Claro que éste no iba a ser un grave impedimento para el joven, ya que a golpes de hombro, en menos de medio minuto, la echó al suelo. La derrumbó sin contemplaciones.

Pero durante aquel escaso medio minuto, la sombra había subido la escalera y había entrado en el dormitorio de Pamela. De una mujer ansiosa de amor, que creyó que su visita era Harry…

Al ver que se equivocaba, gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Pero ya las tijeras se habían hundido en su carne,

atravesándole de parte a parte el corazón.

El grito fue extinguiéndose poco a poco, hasta que se convirtió en un estremecedor jadeo de muerte.

Cayó al suelo. La sangre le salía a borbotones por las dos heridas ocasionadas por la abierta tijera. Sangre que ahora chorreaba por sus senos opulentos, turgentes, provocativos, que ya no se movían al compás de su respiración.

Así la encontró Harry, que al oír aquel grito había subido de tres en tres los peldaños de la escalera. Así la encontró, inmóvil para siempre.

Al verla muerta, Harry se revolvió contra la sombra enlutada, que no podía hallarse muy lejos.

Salió al pasillo. Sí, en efecto, no estaba muy lejos. La vio huir al otro extremo. Corrió hacia allí.

Al llegar, ya no estaba. Pero el pañuelo negro se había desprendido de su rostro, le había caído, y estaba en el pasillo, medio dentro de su dormitorio…

¡Era el dormitorio de Jack Bannard!

Se habían despertado los demás. Todos ellos. Y ahora se encontraban ya en el pasillo.

—¡Abre, Jack! ¡Abre! —gritó, entre sollozos, la señora Bannard.

Jack salió. A sus pies se hallaba el pañuelo negro. Más allá, junto a su lecho, todos vieron las tijeras ensangrentadas.

CAPÍTULO X

La propia señora Bannard telefoneó a la policía. El inspector Merrill se había presentado, deteniendo a Jack.

El cual se había debatido en mil furiosas y coléricas protestas, asegurando que él no había matado a nadie, que era inocente. Pero no le había servido de nada negar los hechos, que implacablemente le condenaban.

Se lo llevaron un par de hombres, mientras el inspector Merrill se quedaba tomando declaración a los demás. Para así tener constancia de lo que exactamente había sucedido.

—Es horrible… —comentó la señora Bannard. Se había ido ya el inspector Merrill. Se habían quedado ya solos—. No creía que pudiera ser él… En realidad —agregó— yo misma le he condenado… Le condené al buscarle a usted, señor Ritter, para desenmascarar al culpable. Lo hice por su bien, y ya ve…

—De todas maneras —Harry intentó consolarla— es mejor así. No podía andar suelto… En poco tiempo, dese cuenta, señora, ¡cuántos crímenes! De no ser detenido, sin duda hubiera habido más…

—La demencia de los Bannard… La demencia de los Bannard… —dijo y repitió la que fue esposa de uno de ellos—. ¡Qué terrible fatalidad!

Natalie respiraba aliviada. No podía disimularlo. Todas sus angustias, todas sus penalidades habían concluido, y la vida volvía a sonreírle.

Hasta que sonó el teléfono, de forma persistente. Harry fue hacia allí y lo descolgó.

—¡Ah, es usted, inspector Merrill…! —Le oyeron decir—. Sí, soy yo, Harry Ritter… Dígame… ¿Cómo…? ¿Cómo…? ¿Cómo…?

Colgó el auricular, mientras mostraba tensos, tirantes, todos los

músculos de su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó James, el hermano mayor de la señora Bannard.

—¿Qué pasa? —inquirió Tony, el otro hermano.

—Dígalo… —Hizo una mueca Margaret.

—Dígalo… —repitió Mike, con otra mueca.

—Por favor, no nos intranquilice aún más —rogó la señora Bannard—. Háganos saber lo que sea.

Harry comprendió que tenía que decirlo y que, puestas así las cosas, no serviría absolutamente de nada andarse por las ramas. Se expresó, pues, escueta y claramente.

—Jack se ha escapado.

* * *

Ninguno atinó a reaccionar. De momento al menos. Se quedaron todos ellos como inanimados.

Hasta que habló la señora Bannard.

—Ahora querrá vengarse de nosotros… por haberle delatado a la policía. Estamos en peligro.

—En lo mismo estaba pensando yo —dijo su hermano Tony.

—Y yo —añadió su hermano James.

Margaret y Mike parecían contentos. Debían alegrarse de que su hermano estuviera libre otra vez.

Natalie se había puesto a temblar.

Harry Ritter, por su parte, estaba ahora pensando en Donna. Al parecer ella se hallaba al margen de todo, no corría ningún peligro, pero eso a él no le bastaba. Porque, ¿y si Jack, al no saber de momento a donde dirigirse, se le ocurría ir a pedir ayuda a la muchacha? Más o menos sabía dónde encontrarla. Era ésta una reacción normalmente ilógica, pero muy posible en un paranoico, en un esquizofrénico. O quién sabe, quizá sintiera el deseo de matarla. Esta vez sin indulgencias de última hora.

Por eso, desde el despacho adonde había ido para reflexionar mejor sobre todos aquellos hechos acaecidos, telefoneó a Donna Dee.

—¿Ah, eres tú, Harry? —Y su alegría llegaba cantarina a través del hilo telefónico.

—Sí, yo —respondió él, con voz grave. Una voz que no se

parecía nada a la de otras ocasiones—. Oye, Donna, es preciso que me prestes mucha atención.

—Te escucho, Harry.

—Debes coger la maleta y marcharte de donde estás cuanto antes. Vete a la estación y coge el primer tren que salga hacia Londres.

—Pero… —Se inquietó— ¿por qué me hablas así?

Harry se lo explicó lo más escuetamente posible, pero con absoluta claridad. Quería que se hiciera cargo de la situación.

—¿Comprendes, Donna? Mientras ese hombre esté suelto, todos corremos riesgo, incluso tú.

—Bueno, bueno, haré lo que me dices. Pero ¿y tú, Harry? ¡Tú sí que estás en verdadero peligro!

—Yo sabré defenderme, no te preocupes —y añadió—: Así que pueda me reuniré contigo.

—Pero ¿adónde voy, una vez esté en Londres? No conozco la ciudad. Además, apenas tengo dinero.

A Harry se le ocurrió de pronto.

—Vete a… —Y le dio la dirección—. Es el domicilio de la tía de Natalie. Dile que eres amiga de su sobrina y ruégale que te acoja momentáneamente bajo su techo. Explícale todo lo que le ha sucedido a Natalie, y asegúrale que yo se la llevaré sana y salva lo antes que pueda.

—Sí, Harry.

—¿De acuerdo, Donna?

—Sí, sí…

—¿Recuerdas la dirección? Repítemela.

Se la repitió.

—Muy bien, Donna. Nada más. Hasta pronto —y colgó.

CAPÍTULO XI

El nuevo día clareaba ya. Pero la luz que se filtraba por los ventanales del caserón de los Bannard era aún apagada, mortecina, como cargada de infinita tristeza.

No menos tristeza, reflejaban los ojos de la dueña de la casa, que sentía el corazón agarrotado por el dolor. De todas maneras, ella no podía reprocharse nada, si había telefoneado a la policía era porque no podía dejar de hacerlo. Era aquélla su obligación.

—Ya no me duele apenas la rodilla —dijo Natalie en aquellos momentos—. Puedo ya andar bien. Voy a irme de aquí, señora Bannard.

Ésta la miró.

—Sí, hija, lo comprendo —asintió.

—Yo te acompañaré —dijo Harry.

—Contaba contigo. —Natalie se había esforzado por esbozar una sonrisa.

—Pues cuando quieras… —ofreció.

—Sólo el tiempo preciso de coger mis cosas. Son pocas, apenas una pequeña maleta. En seguida bajo.

—Llévela adonde sea en el «Morris», señor Ritter —dijo la señora Bannard. Y añadió—: Y tome usted su dinero, se lo ha ganado.

Pero Harry sintió reparos al aceptarlo. ¡Como si no se hubiera ganado debidamente aquel dinero! ¡Como si el asesino que buscaban no fuera ciertamente Jack!

Natalie bajaba ya la escalera, con la pequeña maleta en la mano. Se dirigió hacia la señora Bannard y se despidió de ella, humedecidos sus ojos, diciéndole:

—Por usted me hubiera gustado quedarme.

Luego se despidió de Tony y James, tendiéndoles la mano. De

Mike y de Margaret sólo con un adiós que se oyó poco. La miraban hoscamente y eso no debía gustarle.

Instantes después, Harry y ella iban por el camino que descendía la colina, ambos en la parte delantera del «Morris».

—¡Qué agradable resulta alejarse de ese caserón —exclamó Natalie— y qué agradable es estar de nuevo a tu lado, Harry!

Como añorando el pasado, la muchacha se inclinó hacia él y le abrazó, quedando pegada a él.

—¿Quieres que choquemos? —Bromeó Harry—. Pues lo vamos a conseguir si no me sueltas.

Natalie retrocedió, mientras decía:

—De acuerdo, te dejo.

Pero en aquel momento Harry sufrió una sacudida, dando un verdadero bote sobre su asiento. Acababa de caer en la cuenta del porqué, mientras la señora Bannard vendaba la rodilla de Natalie, él tuvo la sensación, la viva, profunda e hiriente sensación de que a aquel diabólico rompecabezas ya no le faltaba ninguna pieza…

¡Estaba claro, clarísimo…!

Al levantarse Natalie la falda, enseñando las piernas, él pudo ver buena parte de sus muslos… ¡Y allí no estaba el lunar! ¡Y Natalie tenía un lunar allí, en la mitad del muslo derecho!

¡Aquella muchacha no era Natalie! Instintivamente, Harry se llevó la mano al bolsillo de su americana, donde sabía que tenía la pistola. Pero allí ya no estaba. Comprendió que la falsa Natalie, instantes antes, al abrazarle y quedarse pegada a él, había aprovechado la ocasión para desarmarle.

Tenía que no perder los nervios, para poder salir airoso de aquel inesperado trance. Era una mala baza la que tenía que solventar, y sólo con serenidad y astucia podría conseguirlo.

Detuvo el coche y se volvió hacia ella, sonriendo.

—Tienes razón, Natalie, es agradable volver a estar juntos —y en esta ocasión fue él quien se inclinó y la abrazó.

Un abrazo que se prolongó hasta que ella soltó una risa, entre dientes. Una risa que coincidió con la aparición de un hombre joven, de cabello rizado, en la primera vuelta del descendiente camino.

—Te vas a llevar la mayor sorpresa de tu vida, Harry —dijo ella.

—¿De veras? —preguntó éste.

—Y tan de veras —intervino el hombre joven, de cabello rizado, que se había acercado a la ventanilla del coche.

—¿Usted quién es…? —inquirió Harry, haciéndose el sorprendido.

Pero lo sabía. Era el cómplice de la falsa Natalie. Cuando el guardaespaldas había sido asesinado por la misma mujer a la que había servido, seguro, pues, que existía otro hombre.

—¿Quién soy? Ella se lo dirá.

—Antes será conveniente, Harry, que te diga quién soy yo… ¡Porque yo —volvió a reír entre dientes— no soy Natalie!

* * *

Minutos antes de tal revelación, Donna Dee había llegado a una pequeña casa, de una sola planta, rodeada de un minúsculo jardín, situada en las afueras de Londres. Una casa de características muy semejantes, muy análogas, a sus convecinas.

Donde fue recibida por una señora de mediana edad, de agradable y grata presencia, que se mostró sumamente cordial así que ella le dijo que era amiga de su sobrina.

Donna le explicó las vicisitudes por las que últimamente había pasado Natalie, pero le aseguró que todo había acabado bien y que no tardaría en tenerla de nuevo a su lado.

Pero Donna vio que el rostro de la señora expresaba perplejidad, que su boca se abría en un gesto de absoluta incomprensión, y se detuvo en su explicación.

—No comprendo nada… —dijo entonces la buena mujer—. Me dice que a Natalie le han sucedido un sinfín de cosas, pero que regresará pronto… ¡Pero si Natalie está aquí conmigo!

—¿Cómo…? —Inquirió Donna—. Soy yo ahora la que no entiendo absolutamente nada…

En eso surgió la verdadera Natalie de una de las habitaciones de la casa.

—¡Donna! —exclamó—. ¡Qué alegría volver a verte! ¡Dame un abrazo!

En seguida habían de quedar aclarados los hechos.

—Tengo una hermana gemela, se llama Violeta… —dijo Natalie —. Nos separamos hace muchos años, yendo cada una por su lado… De todos modos, nos hemos ido viendo de vez en cuando. Al coger

el tren hacia aquí, hacia Londres, me la encontré… Impresionada como estaba por los últimos acontecimientos, me sinceré con ella y se lo conté todo… Al decir todo, me refiero a que también le dije que Jack me había hecho saber que si me casaba con él llegaría a ser una mujer fabulosamente rica, pues tenía una verdadera fortuna escondida en el sótano del caserón donde vivía. Un lugar del sótano donde nadie llegaría nunca… Para asustar a quien fuera que pudiera mostrarse entrometido, tenía allí como guardianes a un sinfín de buitres… El dinero lo tenía bajo una trampilla, en el suelo… A mí me asustó mucho que Jack se expresara en estos términos —añadió Natalie—. Era como demostrarme una vez más lo loco que estaba…

»Pero Violeta, al oír mis palabras, me contestó: «Has sido una tonta. Yo en tu lugar no me hubiera dejado escapar esa oportunidad. Una fortuna no se encuentra cada día al girar la esquina». Por lo visto —concluyó Natalie— debió pensárselo mejor y hacerse pasar por mí. —Sí, claro, no cabe pensar otra cosa— asintió Donna. Y luego, de pronto, comprendiendo lo que hasta entonces considerara incomprensible. —¡Tengo que avisar al inspector Merrill! ¡Tengo que avisarle inmediatamente!

CAPÍTULO XII

El hombre joven, de cabello rizado, había abierto la portezuela del coche, exigiendo:

—¡Apéese!

Harry Ritter había obedecido. Los modales del joven no resultaban nada tranquilizadores. Además, Violeta le encañonaba con esa pistola que, minutos antes, le había quitado del bolsillo de la americana.

Ella también se apeó, así que quedaron los tres detenidos en medio del camino.

—Natalie es mi hermana gemela… —dijo ella, para aclararle la situación. Queriendo, sin duda, darle un gusto antes de eliminarle —. Me la encontré en el tren y me explicó los pormenores de lo sucedido entre ella y Jack Bannard, y yo pensé, que puesto que ella huía de su lado, buena cosa sería que yo ocupase su lugar… Me había dicho que en el sótano del caserón, en una trampilla abierta en el suelo, había una verdadera fortuna en billetes de Banco, y ya no lo dudé más… Yo lograría hacerme con ese dinero, estaba segura… Y, en efecto, Harry, llevo la maleta abarrotada de billetes…

Se detuvo unos instantes, para luego proseguir:

—Pero tenía que quitar de en medio a Jack Bannard, porque de lo contrario, al ver que desaparecía el dinero, me perseguiría hasta donde fuera preciso… Pero desprenderme de él iba a ser sencillo… ¿No fue él quien atacó a Donna Dee, creyendo que era Natalie…? Pues él mismo me había indicado el sendero a seguir. La sombra enlutada volvería a aparecer y mataría y volvería a matar… Así, cuando las pruebas culpasen por completo a Jack, el manicomio se encargaría de silenciarle para siempre.

—¿Por qué mataste a la señora Arnold? —preguntó Harry al

producirse esta nueva interrupción.

—Ella sabía que Natalie tenía una hermana gemela. Convenía que no lo repitiera. Para poder matarla con calma, encerré a Donna… Tenía la llave de aquella habitación, que fue la de Natalie… Le quité la llave del bolso, poco antes de separarnos… En cuanto a ti, Harry, no sabías que yo existiera… Ya me lo dijo Natalie, nunca esa conversación había surgido estando contigo… En fin, luego maté al chófer de la casa, porque vi que sospechaba de mí y que a ese paso iba a echarlo todo a rodar… En cuanto al hombre con el que te peleaste, Harry, que luego encontraste muerto en el sótano, le eliminé porque ya me había servido lo suficiente y me estorbaba… Fue él quien te telefoneó, haciéndose pasar por el mayordomo de los Bannard… Sí, le maté porque ya no le necesitaba para nada… Yo no le amaba, aunque él creyera lo contrario… A todos les mataba con tijeras, como a la señora Pebbers, para preparar la perdición de Jack… A Pamela podía haberla dejado con vida, pero para sentenciar de una vez a Jack, convenía hacerlo… Así, con dejar caer el pañuelo negro al suelo, deslizándolo un poco bajo la puerta… y con hacer otro tanto con las tijeras, éstas tirándolas con más impulso…

Luego puntualizó:

—A ti te hubiera matado en el sótano, Harry, pero así que hicimos desaparecer el cadáver del chófer, dejándolo junto a los buitres, y así que nos dispusimos a dedicarnos a ti, empezaste a volver en sí. El golpe que te di era para estar sin conocimiento medio día entero, pero empezaste a reaccionar mucho antes de la cuenta y consideré que era peligroso querer rematarte, podías complicamos seriamente la situación. Bueno, te mataremos ahora. ¿Sabes cómo? Con unas tijeras, como siempre, y como sea que Jack se ha escapado, será un nuevo crimen que le cargarán… ¿Comprendes?

—Al final —dijo Harry—, los buitres tenían comida. Pero antes, ¿quién se la proporcionaba?

—El propio Jack, en combinación con una de las sirvientas. Se dedicaba con afán a proteger su dinero.

—Me has engañado bien —repuso Harry—. Pero, claro, eres idéntica a Natalie. No puede extrañarme la confusión.

—No en todo somos idénticas. Siempre hemos tenido una voz

muy distinta. Por eso te dije que estaba ronca de gritar ante el mausoleo de los Bannard. La verdad es que hacía gárgaras con un líquido especial, para que apareciera la ronquera. Así te había de despistar… Con tal fin —añadió— te dije que Jack me había cortado el cabello… Lo cierto es que yo lo llevaba muy corto, todo lo contrario que Natalie…

—Todo explicado —concluyó Harry— menos una cosa.

—¿Qué? —preguntó Violeta.

—No comprendo cómo vas a conseguir matarme. No soy fácil de pelar, ¿sabes?

—No estoy sola… —dijo Violeta, indicando al joven de cabello rizado—. ¿Aún no te has dado cuenta? Además, llevo pistola y tú no…

—Pero se da el caso respecto a ése… —Harry indicó con un gesto al joven— que yo necesito adversarios de más categoría… ¿No viste ya, con tu guardaespaldas, el mal genio que tengo?

El joven se lanzó contra Harry Ritter, de un modo que demostró que era ducho en esos menesteres. En la cintura llevaba unas tijeras, sin duda para usarlas en el momento adecuado. Pero antes, claro, tenía que poder acercarse a él y dominar la situación.

Pero su ataque se vio detenido fulminantemente por el puño de Harry, que le alcanzó sin contemplaciones en plena mandíbula. Repuesto del golpe. Luego fue Harry quien recibió. Pero después, fue otra vez el joven de cabello rizado quien se tambaleó ante un nuevo derechazo de su rival.

—¡Túmbale de una vez! —ordenó Violeta.

Pero quien le tumbó a él, fue Harry, en el preciso instante que un coche de la policía empezaba a subir la colina, dejando oír su característica sirena.

El joven seguía en el suelo. Se repondría pronto, por descontado, pero para entonces ya sería tarde. Había que huir antes.

Esto es lo que pensó Violeta, que decidió matar a Harry de un par de disparos. No dejaría que se le acercara, dispararía, acabaría con su vida y luego escaparía de allí con la maleta llena de billetes. Escaparía antes de que la descubrieran.

Pero al apretar el gatillo, se llevó la desagradable sorpresa de que el cargador estaba vacío de balas.

—Cuando tú me has abrazado, me has quitado la pistola. Pero al

abrazarte yo a ti, te he quitado las balas… En paz, monada…

Hubiera querido echar a correr, pero se vio irremisiblemente perdida. Por descontado, con Harry no iba a poder, y como su joven amante seguía en el suelo, sin sentido… No valía la pena, por tanto, intentar ya nada, Ya todo era inútil.

Al poco, llegaba el inspector Merrill.

—¡Menos mal que hemos llegado a tiempo!

—¿Venía por mí? —se extrañó Harry.

—Sí.

—¿Y cómo es eso…?

—La señorita Donna Dee nos ha dicho que estaba en peligro, nos ha telefoneado desde Londres.

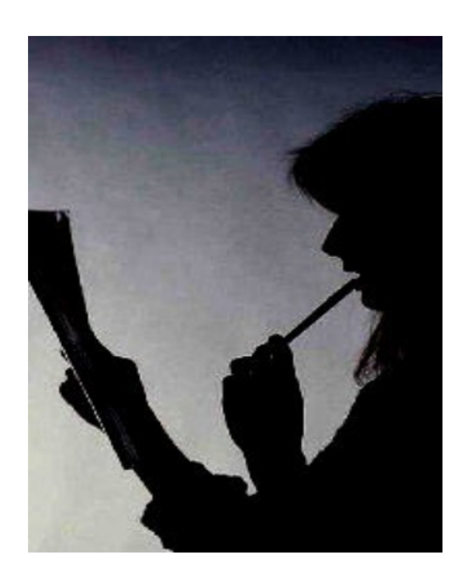
—Simpática chica —sonrió Harry.

* * *

Algo más que simpática debía parecerle, cuando unos días después, mientras iban juntos por una calle de Londres, pasó un brazo por los hombros de la muchacha, la atrajo hacia sí y le dijo:

—La señora Bannard me ha dado más dinero del convenido, se ha empeñado en ello… Jack está de nuevo con ella, a su lado, y se siente muy feliz. Así que ahora podré exponer mis cuadros donde más desee. Pero he decidido no exponer mientras no haya concluido tu lienzo… Pero no lo dejaré a la venta, me lo quedaré para mí… En el catálogo, pondré: «No quiero que mi esposa esté en otro sitio que no sea en su propia casa». ¿Qué te parece?

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.